

**PORFIRIO
DÍAZ
MACHICAO**

1976

**EL ATENEO
DE LOS
MUERTOS**

SEGUNDA EDICION

COLECCION

AYER

Y

HOY

LIBRERIA EDITORIAL "JUVENTUD"



BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

TEATRO, BIBLIOGRAFÍA, LITERATURA, AUTORES, SUS OBRAS Y LO ESCRITO
SOBRE LOS MISMOS, MASONERÍA BOLIVIANA

LITERATURA
AUTORES, SUS OBRAS Y TEXTOS QUE COMENTAN SUS LIBROS

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 5433

Número del texto en clasificación por autores: 15158

Título del libro: El ateneo de los muertos

Autor (es): Porfirio Díaz Machicao

Editor: Librería Editorial "Juventud"

Derechos de autor: Es propiedad del Editor

Imprenta: Empresa Editora "URQUIZO LTDA."

Año: 1976

Ciudad y País: La Paz - Bolivia

Número total de páginas: 134

Fuente: *Digitalizado por la Fundación*

Temática: Porfirio Díaz Machicao

EL ATENEO DE LOS MUERTOS

PORFIRIO DIAZ MACHICAO

EL ATENEO
DE LOS
MUERTOS



Librería Editorial "JUVENTUD"

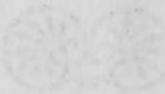
LA PAZ — BOLIVIA

1976

RODRIGO DIAZ MACHICA
LA PAZ
1952

Quedan reservados los derechos
de acuerdo a Ley.

Es propiedad del Editor.



“URQUIZO LTDA.” — LA PAZ

Printed in Bolivia — Impreso en Bolivia.

“Siento que la muerte va cegando las celdillas de mi cerebro; mi memoria se extingue, pero lucho desesperadamente por subsistir para glosar las palabras de mi amigo, con el desinterés de un hombre que ya no aspira a nada, porque ha entrado en la nada, porque ha entrado en la nada del espacio y del tiempo”.

Rubén Romero

(De “Anticipación a la Muerte”).

Porfirio Díaz Machicao

I

Huyendo al tiempo donde todo es nada
y el mañana es ayer sin esperanza,
te das en recordar por la añoranza
que repite el dolor de otra jornada.

Todavía el pasado es tu esperanza
sobre el último extremo de la nada,
y en la noche que sigue a tu jornada
Te aproxima a otro adiós y a otra añoranza.

Sin memoria ni olvido, tus recuerdos
se precipitan de romanticismo...

Y en tu horror al silencio, hay desacuerdos
con la canalla sin romanticismos,
que son desde el ayer de los recuerdos
esa hondura interior de ser tú mismo.

II

Errando ausente al límite remoto
donde principia tu jornada arcana
te aproximas al término remoto
donde termina la existencia arcana.

Sin comprenderlo, tu existir ignoto,
es presencia de cúspide lejana,
donde el acervo de tu fin ignoto
es la extensión de una verdad lejana.

Con tu complejo insólito al vacío,
vas, errabundo, limitando el tiempo
por la enlutada soledad del mundo.

Y, hecho de espacios como está el vacío,
tu contextura, semejante al tiempo,
se precipita en el dolor del mundo.

Adán Sardón Zaráuz

PROLOGO

Tengo mis muertos elegidos y con ellos he constituido —para permanente iluminación de mi vida— el Ateneo.

Vengo de la mano de aquellos a imponerlos en medio del olvido que se forma con los materiales del progreso, de la preocupación, de la lucha cotidiana y de la ingratitud.

En éstos que están aquí, delante de vosotros, con el resplandor santificado de su existencia y de su arte, hay muchas cosas que admirar y desentrañar. Locos y taumaturgos, suicidas y señores: de tal jaez son los ilustres varones del Ateneo de los Muertos, institución que ahonda, desde la tumba, el surco de la cultura boliviana.

La Muerte no es un silencio, sino una vida perenne de gloria y esplendor. El espíritu tiene la virtud excelsa de supervivir, ganando los años y los olvidos. Los muertos vencen distancias infinitas y dejan oír sus voces inquebrantables.

Soy su amigo invariable y constante.

Iré por los recuerdos, ansioso de reconstruir personalidades extraordinarias. Perdonaréis, caros lectores, el desorden y la anarquía. Está la cabeza un poco agitada por el viento y las ideas enredadas, como las melenas de los románticos.

ALCIDES ARGUEDAS

— I —

EN TIERRA EXTRANJERA

Asomé a la obra de Alcides Arguedas, niño aún, para ver el voraz incendio de nuestra historia.

Incendio es, en verdad, esa historia plena de conmociones, apasionante novela de muchas vidas inmoladas en la gloria y en la ignominia.

Arguedas había aprendido a seguir la huella de todas esas existencias que formaron el cimien- to de nuestra nacionalidad. Todos sus esfuerzos se habían dedicado al apresto de esa marcha alucina- da de hombres que formaban el conjunto orques- tal de ese gran **crescendo**. Aprender a historiar es aprender a sufrir, a condenar y a inmortalizar. Tal fue la tarea eminente de este eminente hombre. Y por ello mismo en sus manos delgadas y duras de trabajador auténtico se retorcieron todos los mu- ñecos dostowieskyanos de la vida boliviana. Argue- das acometió la obra con un ahínco insuperable,

con una energía severa, capaz de ahondar el granito para repetir la parábola de Enrique Rodó.

Arguedas le dio a mi espíritu una luz roja, de llamarada, una lumbre suicida que parecía alumbrar una danza de muertos abandonados y sin entierro. Porque la Historia es también el cementerio inmortal donde los muertos **viven sin enterrarse**, pese a la paradoja de mi expresión. Cuando el ser humano abre las páginas de los libros históricos, no hace otra cosa que abrir las puertas del gran cementerio para dialogar con sus muertos y pedirles la cuenta de su obra, de sus bienes y de sus males, de sus glorias y de sus abyecciones,

En este afán del investigador, Arguedas se contagió de tristeza y de pesimismo.

No es Arguedas que le ha dado a la Historia su propio pesimismo, sino ésta la que ha enfermado su espíritu. Alma grande, sensible a las lecciones de los hechos, él dejó que se prendiera en su carne espiritual la enfermedad de los desengaños. Su oficio fue el de un contador trágico, un glosador del crimen, un expositor del castigo.

Sin embargo, como la de René Moreno, su obra se puso a la altura de las magnitudes oceánicas: movida, intensa, brava, apasionante y también quieta, apaciguada, serena y hasta poemática. Y como la de Gabriel René Moreno, —acaso superándole, pero de todos modos marchando con él,— la obra queda en pie, llena de grandeza y majestad.

Duéleme hablar de un muerto ilustre como Arguedas. Pero tengo en alivio mío, el haber sido de-

signado por la Universidad de San Simón de Cochabamba para pronunciar la oración de estilo cuando se le hizo "Doctor Honoris Causa" de aquella casa. Comprendió entonces el cariño de mis palabras, la bienintencionada planificación de mis acertos y me abrazó con un sollozo contenido. Por lo menos, supo que su producción ocupaba un área universitaria, en la zona de las especulaciones nobles.

Supe de él muchas cosas. Me las había referido alguna vez con emoción de amigo, con cordialidad de maestro. La última vez que estuve con él, antes de su muerte, fue en Buenos Aires. Le acompañé a que se retratara en la Galería "Witcomb" porque una editorial lo había puesto en el trance y debía cumplir con tal obligación ineludible. En el trayecto hablamos de Bolivia, siempre con el diapasón de sus temas favoritos, históricos y políticos. Me indicó que estaba enfermo y que debían hacerle una intervención quirúrgica. Me invitó a escuchar sus conferencias en el Salón de la Facultad de Filosofía y Letras. Allá estuve y le vi actuar, cansado, con el peso de muchas jornadas que le habían quebrantado. Evidentemente, las conferencias carecían del volumen sonoro de la verdadera oratoria. Puso delante de sí el rimero de hojas escritas y, a la luz de la lámpara, fue trazando el esbozo de los temas ingratos y dolorosos de su Patria. Su voz, sin volumen, razonadora, suave, iba leyendo y leyendo las páginas con correctísima pronunciación. El público iba colmando su ansiedad con el escándalo de sus exposiciones.

En la serenidad de las casas de estudio, la relación de nuestra vida resulta un tanto tiránica por lo truculenta. ¿Acaso no es para quedarse admirados el oír referir que un Presidente de la República, ciego por el poder, le había abofeteado, a él que era un patriarca de las letras hispanoamericanas, a él que había formado en la legión de los García Calderón, Lugones, Rubén Darío y José Ingenieros, a él que había sido prologado por Max Nordau y que ofició como actor y testigo de la más encumbrada sociedad literaria de Europa y América? Naturalmente que aquello fue una revelación personal, acto intolerable que conmovió al Continente. Un murmullo corrió por el salón de la Facultad de Filosofía y Letras. Aquella era, ni más ni menos, la queja del espíritu contra la bestia; la demanda de la cultura contra la barbarie; el planteamiento de un duelo; la necesidad de mostrar el doloroso ejemplo de su propia vida, sacrificada en aras de la verdad histórica. Una ola de cariño envolvió su figura de hombre que pisaba los umbrales de la ancianidad y una muda protesta se levantó contra esa intemperancia propia de los dictadores que, en el fondo, no son sino una extraña mezcla del púgil, del guapetón y del bandolero, con alguna noticia lejana de lo que es la cultura y el espíritu.

En este punto debo repetir la frase que he oído muchas veces. Casi siempre:

—Sería mejor que Arguedas no tocara estos temas porque desacredita su Patria en tierra extranjera.

Entonces respondí y respondo ahora mismo: ¿Y no fue acaso el Presidente Busch quien desacreditó a la Patria abofeteando a Arguedas? ¿No fue la barbarie que abofetea la imagen de la Verdad? ¿No fue la intolerancia que se ponía en frente de la pasión creadora?

Ingrato, mil veces ingrato, el incidente. Pero, verdad es que tal hecho ha de servir de dato exacto para medir la altura de los hombres y de la época en que aconteció el drama.

Posteriormente, le volví a encontrar. Otro Gobierno había instruido al Consulado en Buenos Aires para que no le visaran sus pasaportes. Estaba al borde, si es que no en el abismo del destierro.

Con un egoísmo extraño, me atreví a decirle:

—Me encanta, don Alcides, que a esta altura de su vida le destierre la Dictadura. Tendrá usted la hoja de servicios más brillante del hombre que sabe ser libre y honesto.

Dentro de mí, en el silencio de la reflexión misma, pensé: “Don Alcides Arguedas, enfermo, envejecido, tiene la oportunidad de aprovechar el ocaso más esplendoroso de su vida”. Y osé plantear el consejo:

—Quédese en Buenos Aires, don Alcides. No importa que le nieguen sus pasaportes.

Pero su mirada se anubló con las lágrimas del proscrito y me respondió:

—Es que, mi querido amigo Díaz Machicao, ya estoy muy viejo para sufrir estos reveses. Además, estoy verdaderamente enamorado de mis nietos.

Yo quiero ir a Bolivia a cerrar los ojos junto a ellos.

Sus pupilas atravesaron las distancias. Se hizo algunas reclamaciones cablegráficas y la familia obtuvo el milagro del gobierno: don Alcides Arguedas podía retornar a la Patria.

Y la última vez que le vi, en la despedida, fue en casa de Arturo Capdevila, su eminente colega de la Academia de Historia. En la mesa, una inteligentísima dama paraguaya le dedicó frases a su pregonada vejez:

—Después de los cincuenta, sólo se vive de yapa...

Anticipo velado de la proximidad de su muerte. Don Alcides se marchó para siempre.

Pocos días después supe en Buenos Aires, que Arguedas había dejado, en sitio que ignoro, un formidable duplicado de sus memorias con la recomendación de que fueran abiertas y publicadas solamente al cabo de muchísimos años, es decir cuando nosotros no estemos ya en el escenario de la vida. (1)

— I I —

"LA FAMA PARROQUIAL"

"Vegetábase en la tierra. Escritores de fama parroquial, intelectuales de salón, engreídos por ha-

(1) Una copia en la Biblioteca del Congreso de Washington y otra en la de Buenos Aires. (N. del A.).

berse dado a conocer en instantes de profunda anemia mental, holgaban, uniendo tras largos intervalos su prosa intonsa a la desarticulada prosa de los periódicos —suprema y única manifestación espiritual del pueblo enteramente subyugado por los juglares políticos, quienes, sobre el profundo aplanamiento y cual insecto sobre las dormidas aguas de un estanque, se movían mostrando la eterna coloración de sus ideas como los insectos sus alas al cabrilleo de la luz”.

Eso decía Arguedas en 1909, en un prólogo de “La Candidatura de Rojas”, la inmejorable novela de Armando Chirveches, que vio la luz en París. Esta es ya una actitud del hombre atento a los males de la tierra. El quería, sin duda, destacar la figura de Chirveches y para darle el valor que merecía, la ponía en contraposición del ambiente donde había sido creada, como un producto de la pugna surgida entre la voluntad creadora y la indiferencia o la falsa postura de los demás escritores. Quería determinar, ciertamente, a un Chirveches de posición universal, capaz de ganarse la gloria a través de la lejana frontera, en un país mediterráneo, como el nuestro. Chirveches, debió surgir plenamente, solo, con el prólogo o sin el prólogo de don Alcides. Pero es que nuestro importante personaje quería además aprovechar la obra de Chirveches para destacar que él había abierto el surco de la novela boliviana porque había arado en tierra aymara para obtener de ella la floración de lo que, seriamente revisado, se llamaría para la pos-

teridad "Raza de Bronce". No le tomo la actitud como una arrogancia enfermiza de autopropaganda. No, mil veces no. Pero es que se debía luchar inclusive para vencer el silencio provinciano de quienes comenzaban a negar a los escritores la propia fama parroquial de que habla él. De todos modos, Arguedas, en 1909, mostraba ya, muy a las claras, la férrea voluntad de trabajar hasta lograr la fama que otorga no la provincia ni el círculo parroquial de la tierra querida, sino el consenso internacional: sus relaciones con la pléyade inmortal de los Darío, Los Lugones, los Ingenieros, los García Calderón, Gómez Carrillo, etc., etc., hasta arribar un día a los umbrales de la firma extraordinaria, en su época, de Max Nordeau. Brotaba en el tintero de Arguedas la burbuja rebelde que saltaba al papel y que, comenzando por ser burbuja, acabó convirtiéndose en una tempestad de índole acusadora tremenda, casi irrefutable.

Observó el dolor, analizó el desplante, estudió la Historia —que es novela de añagazas y de bellezas— y salió de esa tarea con los ojos borrachos de espanto y con la mente obsesionada para documentar el episodio y fijar el antecedente de los hechos históricos. Pronto se convenció de que el mal de nuestras parroquias, cuyo conjunto formaba la nacionalidad, llegaba a constituir un tema de revelaciones sensacionales para la curiosidad de los sociólogos.

Y Bolivia se reveló en "Pueblo Enfermo", crucificada en la cruz del alcohol, el analfabetismo y

el caudillaje militar y civil. Este análisis impiadoso no podía quedar limitado a la parroquia varias veces nombrada, sino que debía proyectar su espectral reflejo sobre el mundo entero.

Bolivia surgió a través de sus miserias. Se la conoció más por éstas que por sus glorias inmaculadas, pocas, pero firmes. El destino arguediano quedaba trazado. Don Alcides había tomado el camino de la verdad que es el de las espinas y los guijarros.

Mas, pronto se vio que aquello que parecía un galanteo del escritor joven con la realidad de un pueblo, era algo más serio y de recia raigambre. Era el **alma mater** de su futura inclinación de Historiador. Dicen que Arguedas negó su vocación por esta disciplina. Pero la obra, que es la acusación y la gloria de los hombres, le muestra como a un escrupuloso colector de episodios y hechos, como a un investigador infatigable de la verdad social.

Decididamente, su tarea, sin descanso, sin tregua, fue empujándole más allá de la parroquia, hacia los cielos de París, hacia los ambientes de la cultura auténtica, a sorber el modo y la forma de amar las evidencias y el secreto de enseñarlas a la opinión pública.

Pronto, aquello de la fama parroquial, —venido el recelo de los primeros momentos— dejó de ser una amarga cosquilla para tornarse en esa pesada carga que se llama la responsabilidad. Desde aquel momento, la obra de Arguedas es un compromiso indeclinable de comprobaciones documen-

tadas. Acaso por este motivo haya incursionado tan en serio en los apurtes del historiador que se parapeta detrás de las montañas de papel, de las pilas inmensas y apolilladas de la folletería, la correspondencia y el periodismo que son reflejo de las épocas. Desde ese instante, repito, comienza el sino de Arguedas: ir detrás de la huella de los hombres, ir detrás de ellos implacablemente, buscándolos, acechándolos, asediándolos por todos los vericuetos del tiempo y de la distancia. Abuela gruñona, un poco comadrona y otro poco severa, es la Historia que tiene que buscar el secreto de sus hijos para mostrarlos a la posteridad. Arguedas tuvo algo de ese comadreo, algo de ese gruñido enfadado y mucho de la severidad de la vieja conciencia, puesta en trance de juzgar y de enseñar.

No tengo la pretensión de otorgar una definición de Arguedas. Que lo definan sus lectores. Conocerle, encontrarle frente a uno mismo, es el mejor modo de hallarle apto para una definición. Dije líneas arriba que gustó de mostrar su enfado con mucha frecuencia. Pero lo hacía pedagógicamente, para enseñar, para sentar plaza en el ejemplo y con el ejemplo.

Su vida fue un renunciamiento absoluto de las pompas y los honores. ¡Vaya usted a creer que la menguada ayuda de un cargo diplomático fuera un todo para él! No, señor. Impagable ha sido su heroísmo de estudiante y de estudioso. Digo de estudiante, en cuanto le vi ensayando actitudes políticas dentro de unas filas políticas. Mal estudiante, en este caso. Y estudioso, en cuanto le vimos

construir una montaña inmensa de aseveraciones y evidencias que se infiltrarán, por los siglos de los siglos, en el alma de las generaciones.

La obra de Arguedas tendrá perennidad, se proyectará hacia la posteridad como la de Gabriel René Moreno.

Mañana los hombres buscarán ávidamente los documentos que dejan los prominentes de hoy y querrán enjuiciarlos, lejos de toda pasión, a una distancia en que solamente se alcanza a medir la montaña por la fría ecuación geométrica. Descarnado, deshuesado, emancipado de las envolturas carnales —como dirían los Santos Padres— querrán habérselas simple y llanamente con el alma arguediana.

¿Cómo era éste hombre? ¿Qué hizo? ¿Es cierto que su amor a la verdad le hizo mártir y víctima de sus propios contemporáneos? ¿Y por qué otros hombres como él, grandes como él, no tuvieron su misma conducta? Entonces, el espíritu santo de las generaciones futuras dará su veredicto sobre los que supieron cumplir su deber para con la Patria y la Conciencia.

Dirán: tuvo su fama parroquial y también la otra, la que se tutea con la gloria misma.

— I I I —

EL PAISAJE DEL ALTIPLANO

La levadura terrígena tuvo su feliz expresión en 'Raza de Bronce'. Libro bello, traducción estu-

penda del alma aymara, del sufrimiento aymara, de la miseria indígena que, a través de los años, sigue siendo miseria. Arguedas ha debido tener mucha pena de que su novela fuera acrecentando en prestigio —varias ediciones tiradas con buen éxito— mientras el indio de sus temas continuara siendo el mismo **yokalla** entristecido que seguía por los cielos el raudo vuelo de los cóndores o el arriero desventurado que ve llevar los cargamentos de su esperanza en medio de las riadas bravuconas del valle. Pero su acierto fue indiscutible. “Raza de Bronce” figura, con derechos propios, en el catálogo exiguo de las grandes producciones novelescas del Nuevo Continente. Cuando se citan los más grandes nombres de autores, se cita el de Alcides Arguedas. Viéndole estoy en su último viaje a la Argentina, corregir las pruebas de la última edición extraordinaria de la novela, afanoso de devolverla a los talleres para su pronta tirada. Nació al éxito de la literatura con “Raza de Bronce” y con el texto de este libro se aprestó a esperar la muerte. Fue lo último que hizo en materia de publicidad.

La novela, en sí, es la encarnación del alma aymara, explotada en sus diferentes facetas que son a manera de aguafuertes y también de acuarelas. Nunca mejor descrito el Lago Sagrado, ni mejor trazados los cuadros costumbristas de las quebradas ribereñas del Río Abajo. El conjunto tiene una notable valoración y sus símbolos están respaldados por la realidad de la vida indígena.

En verdad de verdades, fue la primera vez que el poncho severo del aymara, tomaba la majestad

de una indumentaria que cobraba valor en la expresión literaria. Primera vez que un escritor boliviano nos conducía con mano impulsada por el talento, a escuchar la armonía de la grave música de los indios. En "Raza de Bronce" se ha oído literariamente ulular al viento de las pampas. En su texto se ha destacado toda la valoración del paisaje altiplánico: cordilleras, horizontes, huracanes, caminos desolados, aridez, sordidez, soledad infinita.

Cuando Arguedas trazaba sus cuadros, tenía el espíritu apto para la acuarela y el óleo. En "Raza de Bronce" se vé el color de las cosas de la tierra, se ve la huella del indio en sus caminos eternos y repetidos. El pututu, el tambor, los pinkillos y las queñas, nos dan sus embrujos permanentes, expresando la terca reciedumbre de los nobles indios. El libro impresiona y alecciona y señala aquello de ir por una ruta revolucionaria, al decir de los términos en boga. De todas maneras, la finalidad está cumplida: es una novela, en su amplio sentido realista que toma contactos, por iniciativa de sus dolorosas descripciones, con una fe social.

Digamos pues, con términos en boga también, que Arguedas ha sido un eminente hombre de izquierda, salido de las filas de la derecha. Hay una profunda actitud revolucionaria en el esquema general de "Raza de Bronce". El paisaje de la tierra, en lo telúrico, corresponde al paisaje social, en lo político. La tierra de una revolución que aún atemoriza, pero que tiene que ser derivada hacia las

soluciones técnicas de la educación, como sueña el mismo Arguedas cuando trata los temas permanentes de nuestro desmadejamiento institucional.

“Raza de Bronce” tiene muchos secretos del alma arguediana. Nos muestra al escritor que supo ser artista por una sola vez y que no pudo repetir su actitud estética en ninguna otra de sus obras. Lo que quiere decir que Arguedas fue artista por una única vez: cuando concibió y realizó “Raza de Bronce”. No pudo ser nuevamente eso porque lo arrastró consigo el amargo tema de la Historia de Bolivia que no es material de arte, sino epilepsia para manos geniales que sepan conducirse serenamente ante el crimen, el espanto, la masacre y la vileza.

“Vida Criolla”, sin embargo de ser una novela —intento de arte, por supuesto— nos muestra al Arguedas implacable en la observación de las taras. Ese libro es un resumen de las reacciones mestizas ante las urgencias sociales de la ciudad paceña, ciudad en formación, defectuosa, y en la cual van precipitándose los complejos raciales lentamente, a través de los años y las generaciones. Ya no hay seres, en nuestra vida boliviana, como aquellos que se pintan en “Vida Criolla” aún cuando sigan habiendo algunas choladas... Pero la ciudad de antes, nuestra querida y antañona ciudad de Nuestra Señora de La Paz, no existe más. Cuando Arguedas dibujó los personajes de su novela mestiza, fue cuando La Paz era una provincia de sí misma... Claro está que hoy siguen llegando a los ho-

gares privilegiados las burguesísimas "kjumuntas" de los fundos, pero no vienen en arrias sino en lujosos carros motorizados que han borrado la huella de los cascos de los asnos y la pisada heroica del indio.

A propósito del tema, creo, modestamente, que aún no se ha escrito la verdadera novela sobre la ciudad paceña. Su psicología no es como la han presentado algunos autores. El enfoque del alma paceña, la reciedumbre del "chukjuta", su generosidad y su odio, su altanería y su despreocupación, no han sido aún tomadas en cuenta por los novelistas. Grande éxito tendrá quien acierte en el tema cuya original interpretación le ha correspondido, indudablemente, a "Vida Criolla".

Esta novela de Arguedas, socarrona e irónica, deja en el espíritu una indefinible sensación de descontento, sin haber logrado elevar la tónica de su propio acontecer. No está construida con la grandeza de "Raza de Bronce" en la cual se ha mantenido un modo estético que corresponde a los temas trascendentales.

Posiblemente Arguedas ha tratado de retornar, muchas veces, al tema novelesco. Pero su tiempo quedaba comprometido con la magna tarea de la Historia que, por corresponder a un pueblo volcánico como el nuestro, ha transformado su psiquis por completo, haciendo del gran escritor un esclavo de las apreciaciones políticas y de la conducta humana, un esforzado pedagogo que trata de enseñar y que en su labor encontró innumerables esco-

llos que amargaron la limpidez del que un día, para orgullo de los bolivianos, fue el genial autor de "Raza de Bronce".

IV

TESTIGO DE LOS BOLIVIANOS

Ocupó el puesto terrible del historiador y montó la guardia sacrificada de la dignidad.

Cuando leímos ese formidable libro que se llama "La Fundación de la República", tuvimos que aceptar una verdad irrefutable: Arguedas se había constituido en el testigo de la conducta nacional. Testigo incómodo, por supuesto, para quienes sintieron lastimado el abolengo, sacudido el árbol genealógico, rectificado el falso orgullo por la evidencia histórica. Cuando repasamos la "Historia General de Bolivia", —historia crítica, como se ha dado en llamarla — completamos la sensación. Presentábase el testigo organizado, el investigador de un pasado tormentoso cuya huella quedó en folletos, cartas y periódicos. Arguedas puso su voluntad en todo aquello. Buscó las cartas, atisbó las folleterías, releyó los periódicos, escuchó relatos de sobrevivientes, documentó las actitudes de los contemporáneos, anotó los hechos. De esta manera, el hombre cobró una majestuosa importancia y mostró el primer fruto de su empeños en una serie importante de obras que nos dan la medida de su titánico esfuerzo.

En Arguedas, junto al gran novelista, aparecía también el primer escritor organizado, nacido para ser tal, leal con su destino, esclavizado por sus obligaciones de producir, lejos de toda holgazanería y sensualidad y, la obra lograda, impulsó al escritor en una dedicación que no pudo detener sino la muerte.

Arguedas es, por excelencia, el Historiador de la República. Su exposición de los hechos es segura en esta etapa. Se ha especializado en sus antecedentes, se ha atrincherado en su documentación. Es casi invulnerable todo acerto suyo referente a la República hasta la época oficialmente tratada por él que coincide con el gobierno de don Bautista Saavedra. La continuación de sus obras, a partir de esta fecha, para alcanzar la Guerra del Chaco y tomar contacto con la época de Busch, Quintanilla, Peñaranda y Villarroel, debe estar prolijamente redactada en lo que se llaman sus Memorias, documento que a decir de los informadores se guardará inédito por espacio de cincuenta años. Anduvo por todas las sendas tenebrosas del pasado y también por sus jardines de esperanza. Junto a la figura cristiana de aquel "copo de nieve caído en la charca de sangre" (Sucre) tuvo que seguir el vericuetto moral de Casimiro Olañeta, la traición de Pedro Blanco, la revuelta de los Voltígeros. Tuvo que consagrar su mirada zahorí en la penetración de los gobiernos republicanos y darnos la sensación más cabal del ambiente de época, del modo moral de sus hombres, de sus gestos epónimos y de

sus actos suicidas. El gran cortejo: Velasco, Ballivián, Achá, Córdova, Melgarejo, Belzu, Linares, etc., etc., está conducido a través de sus páginas con apasionada dedicación de investigador. Leerla es obtener la más patentizada expresión del drama boliviano.

Celoso compulsor de hechos, los mostró en definitiva, basándose en el documento que respalda, en la opinión vertida por gentes que no entraban en el ruedo de nuestras propias pasiones o flaquezas. Hubo de consultar con historiadores o memorialistas de países vecinos para darle al estudioso boliviano una interpretación exacta del suceso narrado o analizado. Así le vemos apoyar sus acertos en Sotomayor Valdez, en Vicuña Mackena, adentrando siempre, en positiva y escrupulosa cita, en el papel que está guardado para testificar el presente, brindándose al porvenir. Dicen que Arguedas logró organizar un fichero de alto interés técnico y que su producción en los tomos que conocemos —como “La Fundación de la República”, “Los Caudillos Letrados”, “Los Caudillos Bárbaros”, etc., etc. — no es sino el reflejo directo de aquella paciente acumulación de datos, la primera que se hacía después del metódico y genial trabajo de Gabriel René Moreno. Parece que en estos tiempos no existe —que los sepamos— estudioso alguno que brinde su esfuerzo a la Historia al modo en que lo hizo Arguedas. Creemos que solamente el Instituto de Sociología Boliviana —ISBO— creado por José Antonio Arze, acomete esta tarea en bien de la cultura

patria. Amante del método, no lo abandonó jamás y su celo llegó al extremo de acusar a otros historiadores, como a Luis Paz, de verificar un "acopio cronológico y paciente de los materiales que seguramente ha de utilizar después para la redacción por propia cuenta de los tormentosos anales de su patria".

Advino Arguedas e hizo la Historia monumental. Dice Finot que "salta a la vista que Arguedas adoptó desde el principio, en cierto sentido, la orientación que a fines del siglo pasado dieron a la historia los escritores franceses de la generación de 1871, sobre la base de una concepción pesimista del mundo: Taine, Renán, Fustel de Coolanges". Y concluye apuntando que esos historiadores tomaron la "actitud de médicos de Francia".

¿Puede decirse que Arguedas actuó en su obra a manera de un médico de Bolivia? En verdad de verdades actuó como tal. En ello, no debemos verle singularmente. Todos los bolivianos, desde hace algunas décadas, tenemos el mismo afán: curar nuestros males, matar la demagogia, solucionar el analfabetismo, incorporar al indio a la civilización, para lo cual debemos civilizarnos, previamente los blancos mandones. Pero él nos aventaja en que su receta se anota como una consecuencia de los mórbidos antecedentes que le presentó nuestra vida. Médico que conoce la enfermedad: he ahí su grandeza. Médico que pregona la enfermedad para que el organismo nuevo —que desea salvar— no se contamine.

Esta fue su prédica, colocada ante el gobernante que le tocaba ver en el día. Pero, mala suerte para Arguedas, que no tuvo fortuna. Los hombres del poder, cuando él hablaba, se sentían incómodos y le clasificaban en el plano de las negociaciones.

—Arguedas se opone a todo buen propósito...

Falso. Arguedas lastimaba con la verdad. Salamanca, Tejada Sorzano, Peñaranda, Toro, Busch y Villarroel, tuvieron que escuchar el consejo pronunciado a tiempo, la prevención afectiva, pero enérgica que supo plantear sin demora. Pero ellos se resentían, en lugar de aceptar sus expresiones. Y acababan, dueños de mando y poder, por alejarlo de la Patria o, en su defecto, por ultrajarlo.

Todos los bolivianos hemos callado, cobardemente, ante el ultraje inferido en la persona física de Arguedas. Solamente por ese episodio, le debemos un desagravio que es justo realizarlo. No debemos permitir que este corazón, agraviado en vida, y engrandecido moralmente por su obra, se pierda en medio de la indiferencia de la actual generación. Hay bronce inédito para esculpir un monumento de Arguedas y ponerlo delante de la Universidad, como uno de sus grandes y heroicos abandonados. Quiso el bien de la Patria. Pero su demanda fue la del fiscal airado que no perdona los delitos y busca su sanción. Mas, como los hombres no gustan de que la tranquilidad se empañe con la demanda de la Justicia, se sintieron hartados de escucharle, temerosos de oírle. Y cuántas verdades

más no dirá Arguedas aún de todos los que vivimos esta época, si hasta su recomendación ha sido elocuentísima para que su obra póstuma no se publique sino después de cincuenta años!...

Es en este punto de la interferencia polémica en que surge la apreciación de que **Arguedas es un escritor discutido**. Todos los autores son discutidos, analizados y estudiados. Pero la discusión sobre Arguedas, en nuestra expresión criolla, significa aceptación o rechazo de su obra. Yo creo que nada hay de rechazable en la Historia de Arguedas, sino, contrariamente, un todo aprovechable, aceptable, legado por el Destino para nuestro destino.

El ruedo histórico de Arguedas está compuesto por los siguientes libros: "La Fundación de la República", "Los Caudillos Letrados", "La Plebe en Acción", "La Dictadura y la Anarquía", "Los caudillos bárbaros", "La Guerra Injusta", "La Política Conservadora", "La Política Liberal", y "La Política Republicana". Dice Finot que "algunos de esos volúmenes —los que corresponden a épocas recientes— permanecen todavía inéditos".

Complázcome en incluir en el ruedo, aun cuando con carácter un tanto diverso, "La Danza de las Sombras" en donde se hace historia también y crónica de hombres, sucesos y hechos de la América. "La Danza de las Sombras" es una bella testificación de las relaciones de Arguedas con caudillos, escritores y gentes de diversa índole y de resonante interés.

No me atrevo a hacer crítica de la obra arguediana. Con la sinceridad propia a mi actitud de escritor, debo repetir en esta ocasión lo que dije en el texto de mi biografía sobre "Nataniel Aguirre": mi espontaneidad, mi falta de cultura, no me han dado capacidad técnica para la crítica literaria y menos la histórica. A mí, las obras, los hechos o los hombres, me agradan o me desagradan. Y con agrado o sin él, siempre me interesan. Por eso me ocupo de ellos. En cada vida de hombre existe un halo divino. Aun en la vileza de los traidores está el martirio de su menosprecio, de su sojuzgamiento moral. ¿Qué tendré que decir entonces de un hombre extraordinario como Alcides Arguedas? Su nombre ha de pesar, permanentemente, en el Destino de la Patria. Ha nacido junto a los elegidos por la Gloria y el Dolor.

Debo copiar una vez más, para darle fisonomía a este esbozo arguediano, lo que Enrique Finot refiere en las páginas 404 y 405 de su "Historia de la Literatura Boliviana" y que dice:

"El mismo Arguedas cuenta la forma cómo se inició en los estudios históricos, en la Dedicatoria del primer volumen en su "Historia de Bolivia" publicó en 1920. Tal **dedicatoria**, enderezada a Francisco García Calderón, Rufino Blanco Fombona y Hugo D. Barbagelata, asegura que esos escritores, amigos del autor, le impulsaron en 1912 a escribir la parte correspondiente a Bolivia, para la "**Histoire des Nations de l'Amérique Latine**", por renuncia del Dr. Humbert, profesor del Liceo de Burdeos, que

había recibido ese encargo y que no pudo cumplirlo. Asegura Arguedas que empezó rehusando la iniciativa de sus amigos, porque no se sentía capaz del esfuerzo y porque no conocía gran cosa de la historia de su Patria. Y explica: "Entonces comenzó una gran lucha entre la generosidad de ustedes y mi honestidad intelectual: ustedes en porfiarme a hacer algo que debía y yo negándome a hacer lo que no sabía. Y vencieron ustedes, porque a mis reparos supieron oponer un lenguaje imperioso para quien sabe escuchar la profunda llamada del suelo". Don Simón Patiño prestó auxilio pecuniario a Arguedas para la publicación de su obra, lo cual destaco como un acto de máximo patriotismo del magnate del estaño y acaso uno de sus más importantes gestos.

V

RENE MORENO Y ARGUEDAS

Dice Adolfo Costa Du Rels que, con una amargura mal disimulada, Gabriel René Moreno había expresado de sí mismo lo siguiente: "Autor solitario de escritos sin lectores en Bolivia mismo, desconocido hasta en la ciudad donde se publican". Ese fue el sino doloroso del **camba genial**, manejado por el Destino para conocer la urdimbre de un organismo nacional en su mejor visión y entendimiento. "El autor solitario", llámale Costa y con

gran razonar destaca su honda tragedia. Empero, su sombra se acrecienta cada día más y más sobre la vida cultural de la América y de Bolivia. No puede hacerse Historia sin la consulta de Moreno, no puede afirmarse la noción cultural sin el atisbo que él hubo realizado, como un sacerdote aislado, como un ermitaño sujeto a un solo rito: la formación de su personalidad en contacto con el libro, empujado por el deleite de satisfacer la curiosidad mental sobre éste u otro episodio, éste u otro tema. Mente en acción, mirada escrutadora, fanatismo religioso por la verdad, eso fue Gabriel René Moreno. Y de todas sus vigiliass brota una especie de soberanía del espíritu. Es que había laborado con los materiales de su Historia, había buscado el Destino en medio de las sombras, como esos viejos sacerdotes de los oráculos que, a la postre, se hacían víctimas de la ira de Dios. Cuéntanos también Enrique Finot que Moreno "era hombre retraído y taciturno, se dice que bajo graves contrariedades de familia". Lo cierto es que, como corolario de su afán de estudioso como consecuencia de sus dolores morales y ante el amargo suplicio político de su Patria, marchó a playa extranjera y levantó los ladrillos de su ermita. A su espadaña llegó, por extraño infortunio, no la alondra mañanera, sino el búho portador de la calumnia que, después de lanzarla en el rostro, la mantiene con el fuego espectral de sus fijas pupilas. Como quien acusa: ¡traidor, traidor, traidor!... ¡Válganos Dios si en un día de la vida, zapateros o escritores, al-

guien viene a perturbar nuestra calma con semejante demanda!

Leed las páginas de "Daza y las bases chilenas de 1879" y os daréis cuenta cabal de lo que anoto. A mí particularmente, no me interesa el debate histórico de esos hechos, sino su aporte en el drama humano. Con una calumnia o con otra se hiere la paz del espíritu y se sojuzga una existencia: ése es el infortunio. A mí me basta saber que el sosiego de Moreno estaba perdido y que, en lugar de abismarse en la plañidera o en el alcohol, como suele acontecer con otros, él se sometió a los cilicios austeros de la disciplina mental. De su dolor surgió la grandeza de su obra.

La posteridad ha reparado los daños que se causó a Moreno en vida. Su obra, elevándose sobre su propia existencia, tiene una grandeza innegable y es de una necesidad perentoria para la estructura de nuestra esencia cultural. Ya no se puede negar más ni calumniar más a Gabriel René Moreno, porque todas las evidencias que nos ha dejado están por sobre la miseria que empañó el cielo de sus días de hombre. Nos ha dejado la gloria misma, el secreto de nuestra razón de ser, el testimonio de nuestra procedencia nacional.

Pero no olvidéis que vivió la amargura. No olvidéis que junto al suspiro nostálgico del desterrado, hubo de enjugar la lágrima del calumniado y del incomprendido. **Autor solitario de escritos sin lectores...** ¿No estáis midiendo esa soledad, no estáis penetrando en su malafortuna? ¡Ah, claro: hoy

es grande, hoy es famoso, es inmortal! Pero recordad que entonces no tenía grandeza, ni fama y era mortal como todos nosotros!... Y que solamente, detrás de la calumnia, tenía los ojos inquisidores del búho de la espadaña.

En Alcides Arguedas, en cambio, no hubo contrariedad de familia ni calumnia. A la calumnia que humilló a Moreno, se suple en Arguedas, con el ultraje de Germán Busch, el Dictador. Se crea también una fuente de dolor, la raíz de un drama interior que solamente muy pocos hombres supieron leer en las suaves pupilas del autor de "Raza de Bronce". Cuando yo le vi en Buenos Aires con la cabeza blanca, me pregunté: ¿Y es a éste anciano al cual el atlético Dictador, el joven gobernante Busch, ha dado de golpes en la Casa Quemada?

Pasando a otro tema, en Arguedas, contrariamente a lo que pasó en Moreno, no hubo un autor sin lectores. En ello, don Alcides tuvo mucha suerte. Sus libros inquietaron el ambiente, le despertaron, se buscaron y se leyeron con avidez. "Pueblo Enfermo" y "Raza de Bronce" han sido reeditados varias veces. Sus tomos de historia no se encuentran en las librerías y habrá que hacer nuevas ediciones. Quiero decir que, en vida, tuvo el pequeño goce de releer y revisar sus originales para las nuevas ediciones. Le ayudó Patiño, salió varias veces como Embajador, actuó en torneos y conferencias de carácter internacional, es decir: paseó su persona, su nombre y su fama.

Pero tampoco dejó de ser hurraño, tampoco dejó de recibir la visita amarga de la desilusión. Cierta vez juró que no volvería a salir de su fundo de Río Abajo. No pudo cumplir su promesa porque su obra y su tarea le reclamaban entre los mortales, en medio de la lucha sin tregua de la vida... Y tornó a actuar en la escena.

Pero Arguedas tuvo que sufrir, sin embargo, otros males de la mortal mordedura, la indiferencia morena o la ignorancia cobriza que no sabe jamás interpretar ni valorar la obra de los hombres. La quietud del bronce, terrible, que él había tomado como símbolo...

Pero, ambos: Moreno y Arguedas, pasando por sobre su Calvario se dan una inmensa cita con la gloria. No hay grandeza que no esté matizada por el sufrimiento: epilepsia se llamaba en Dostoyevsky, alcohol en Verlaine, neurastenia en Villamil de Rada, la calumnia en Moreno y la bofetada en Arguedas. En muchos, el olvido. En otros la sífilis. En los más la miseria. A Dios gracias, un halo inmenso de martirio y de gloria queda en todo eso y los hombres superviven con la obra realizada amargamente un día.

Todo eso, en la zona del drama mismo. En la historia, queda en pie una labor que no tiene alcances. Arguedas y Moreno dejan a la posteridad los dos basamentos firmes de la nacionalidad: el análisis de su vida, compulsada, criticada. No habrá ojos que se cieguen para no ver en ellos el recurso que se requiere para el conocimiento de Bolivia.

EN POS DEL HOMBRE IDEAL

Un sueño melancólico de nuestras dolencias cívicas, una obsesión indesviable nuestra, es la de buscar, como Arguedas, **el hombre ideal que conduzca al gran rebaño por las sendas políticas.**

Arguedas admiró a pocos. Gustó de saborear con hainco glotón —si se me permite— la vida de Simón Bolívar. Bellas páginas le tiene dedicadas a su obra de guerrero y gobernante. Siguió idealmente a Sucre hasta verle caer en Berruecos después de haber sufrido la mordedura de los áspides alto-peruanos que hieren, por lo general, de muerte. Pero en cuanto quiso seguir el rol que señaló el Destino a los hombres, se detuvo en todos y cada uno de ellos para señalar sus cualidades y mostrar, sin eufemismos, sus defectos. Esa averiguación incesante del error le hizo saber, en forma desarraigable, que jamás la Historia podrá ser un poema lírico, sino una epopeya o una acusación. Entre el acierto y el error caminan todos sus personajes, como caminamos todos en la vida. Solamente el Destino es capaz de acercarnos permanentemente al bien, al acierto, a la equidad y solamente el Destino —desigual y caprichoso— nos aleja de la excelsa virtud para sumirnos en el abismo. Arguedas deja jugar su criterio en ese vaivén terrible. Apunta las modalidades de la época, los salarios, el confort, la palabra de los periódicos y las gacetas, los

intereses, la amistad, todo aquello que se acuota racionalmente para el fallo del juzgador. Es duro para calificar a Pedro Blanco, dejándonos la impresión de que con su actitud ha comenzado la cadena de las felonías políticas. Arguedas dice que Sucre tuvo amargas quejas del mencionado general. Los detalles que nos proporciona acerca del Mariscal Andrés de Santa Cruz, igualmente son admirables en erudición, contenido y descontento. Alejándose de la exégesis que había hecho Santiviáñez del Gral. don José de Ballivián, él nos da el agua fuerte de su carácter y de sus victorias, sin dejar de señalar sus yerros. En las páginas de Arguedas he encontrado, sin mucho trabajo, ese dolor extraño, principesco y decadente, de don Adolfo Ballivián, una especie de Hamlet, concitado a un taciturno deambular por las sendas interiores. Y así sucesivamente... Arguedas ha quedado, en un instante avanzado de sus averiguaciones, envuelto por la ciclópica tormenta de la vida boliviana. ¿Cómo orientar la proa entonces? ¿Hacia qué rumbo enfilear la nave? ¿En dónde hallar el hombre ideal, si todos muestran su falla en el pasado y el presente?

Es en este punto neurálgico de su tarea que la angustia arguediana se hace conmovedora. Desea, sueña, anhela, la aparición del encarnado. Busca una norma, fija una exigencia, impone la necesidad de aprestarse a un advenimiento. Pero ¡ay!, el pobre Arguedas se ha ido de nuestro mundo con una bofetada en la santa faz del benedictino paciente y estudioso. Todos sus ideales parecen

caer a los pies, en un deshojamiento de desventuras. ¿Cómo ha de pensarse en el **hombre ideal**, si el prototipo de una generación, el héroe de una guerra perdida, el epónimo y legendario soldado que pertenece a una juventud impaciente le recibe a puntapiés, cuando apenas se inicia un cambio de verdades? Gravísima desilusión, horrible detalle. He ahí, amigos, el más amargo tropiezo en el camino de la búsqueda. El piensa y medita, en el silencio de sus noches sin descanso, que Bolivia está vacía del elegido. Rememora se afinca cada vez en su serena pasión por el Presidente Montes. ¡Ese fue un varón en su época y después de ella! Hubo otro: Saavedra, a quien había que perdonarle su violencia, producto de soledad, de rencor.

Hablando de estos temas en los cuales la revisión de hechos, mostraba que los últimos santificaban a los predecesores, pregunté a don Alcides Arguedas su opinión sobre Daniel Salamanca, ese luminoso enfermo que fue recio orador y gobernante fracasado. Don Alcides, puntualizando sus palabras, subrayándolas con la intención, me dijo:

—¡Ah, querido amigo, Salamanca ha sido más sombrío que todos los tiranos! Su guerra, su malhadada guerra, nos ha conducido a todo lo que hoy tenemos que soportar.

Al punto, Gualberto Villarroel, en ese día, precisamente ordenaba el cierre de la frontera patria para el retorno del historiador enfermo. Estábamos en Buenos Aires.

Los males no duran de por vida y los pueblos, en la ansiedad de su busca, en la exigencia que plantean acerca del **hombre ideal**, van exacerbando sus nervios y aprendiendo a sancionar, a prevenir, a mostrar que ninguno en el mando o fuera de él, puede extralimitarse de su designio humano. Arguedas ha muerto sin ver la lección práctica que estaba latente en todas y cada una de las páginas de su admirable Historia.

Esto quiere decir que desaparecido el historiador más importante de Bolivia, queda abierta la ruta para el que le suceda.

Alcides Arguedas nació, espiritualmente, cuando advino la gran doctrina de la independencia de nuestros pueblos y murió un minuto antes de que la libertad diera fin con los enemigos de la tranquilidad. De todas maneras, su vida fue una denodada lucha del alma contra la materia, de la libertad contra la opresión, de la cultura contra la barbarie. Y, lo mejor de todo, así grande y amargo y descontento como fue este gran fiscal pasó su vida en medio de los tiranos, defendiendo el tesoro escondido de la dignidad boliviana.

Tuvo la aspereza de Baroja, el comportamiento de Unamuno y la humildad orgullosa de Montalvo. Cuando las bayonetas se enfilaban a destripar a su pueblo, murió luchando con los libros.

JUAN FRANCISCO BEDREGAL

La pereza, la gracia y la ironía

— I —

Me hago presente en esta página, invocando el espíritu de Bedregal en sus tres fases primordiales: la pereza, la gracia y la ironía. Todo su volumen humano estaba encerrado en los tres lados de ese triángulo que hizo de él una figura magnífica de caballero andante de nuestra literatura. En otro ambiente, habríase equiparado, talvez, a Ramón del Valle Inclán. Pero él se quedó, modestamente con el monóculo pintoresco, en la muy señorial cuenca de su tierra natal, La Paz, en donde fue delicia de quienes le conocieron.

Muchas veces he meditado, con entera decisión, en lo que significa la pereza. Para definirla habría que seguir la espiral de una molicie interpretativa, un mareo dulce, como un veneno heroico, que culmina con la inanición. Pero, comencemos por de-

cir que la pereza es, por brillante paradoja, la mecánica activa del pensamiento. La quietud es fuente creadora. El producto es hijo legítimo de la contemplación,

Don Juan Francisco Bedregal fue un varón de letras demasiado cómodo. Gustábale gravitar en la serena y productiva pereza, aun cuando fuera con el escándalo de su propia conciencia. Digo mal: no es la conciencia la que interviene en estas citas. Con grave escándalo de la incomprensión circundante, diré mejor. Solía reposar largamente, delante de la cátedra, en la quietud del hogar y hasta en el ritmo de su andar cauteloso. ¡Cuántas veces le vimos gozar de la fruición incomparable de ese premio altioplánico que es el sol de La Paz!

Pero hablemos del tema de este primer capítulo sin demasiados justificativos. Los hombres de letras constituyen signos de interpretación. Bedregal fue un divino perezoso, dueño y señor del estupendo recurso de hacer callar hasta a los relojes para dar paso a la fuerza avasalladora del temperamento. De esta manera delineó su figura y su personalidad en el pandemonium de los círculos literarios de nuestro país.

Recordémosle, pisando y pasando por las calles de torrentera de Nuestra Señora de La Paz, irrumpiendo con su volumen abacial, el rostro entre admirativo y tristón, los ojos con un dejo de lágrimas, el chambergo colocado con elegante desgano, el bastón y los guantes. Parecía que aquel hombre fuese exprofesamente un abad llamado a tocar las

campanas del descanso en el convento sagrado de la ciudad.

Este juicio mío no tiene falla —porque no lleva en sí equivocada tendencia al manifestarse—. Viene en mi apoyo el precioso decir de Gregorio Reynolds en sus sonetos a la memoria de Bedregal:

“...un poco tarambana y haragana,
como la vida mía, fue su vida”.

Como quiera que yo, caros amigos, conozco los secretos inviolables de la haraganería y sé que muchas veces el desorden nos abrió las puertas de la tristeza, puedo nomás oficiar tranquilamente la primera parte de esta misma sensual de la pereza. Ya podéis, pues, aceptar mi Evangelio. Llevo el hábito “tarambana y haragán” y toda la cofradía ha de arrodillarse conmigo en este recordatorio resignado de la gran estampa lírica de nuestro Maestro, Don Juan Francisco Bedregal.

— I I —

Pasemos a la gracia.

Hace algunos días, cuando murió Bedregal, mi diario, en una nota muy seria, decía que éste hombre era como una flor que la ciudad llevaba en el ojal de la solapa.

Ratifico el criterio aquel, si recuerdo perfectamente que todos le teníamos como al mejor adorno espiritual de la gallarda aldea. Su cátedra estuvo en los luminosos paseos de la Alameda donde antes teníamos palomas y cisnes y leíamos los ver-

sos de Rubén Darío. Y veíamos pasar la venerable persona de Don Rosendo Villalobos, poeta coronado. O la de José Eduardo Guerra que, entonces, usaba unas luengas barbas que eran el prestigio de nuestro instituto de Filosofía y Letras. Nuestra alameda de La Paz está como si alguien se hubiera llevado el ornamento de ella: Don Juan Francisco. Ahora pensad, buenos amigos, que sobra el sol en el Prado. Bedregal no está con él, con su aire zumbón y ácido, hablando de las cosas, interpretándolas con reglas de una sociología muy particular, modo "sui generis" de emplear el calificativo, haciendo resaltar el concepto hondo de una fundamental filosofía en medio de la chirigota audaz o del decir serpenteante. Bedregal tenía gracia para opinar y jamás su cátedra estuvo vacía de gentes. Su prosodia era singularmente atractiva porque sus palabras tenían el canto juguetón de quien confunde la armonía con el dolor, la protesta con la socarronería y deja en el espíritu el tableteo de la mordacidad. Al despedirse de él las gentes no podían dejar de propalar sus dichos:

—¡Hace un momento Bedregal expresaba que...!

Y la gracia admirable de aquel estupendo animador criollo rebasaba el contenido de la popularidad.

¿No le conocías? Era aquel hombre del monóculo, circular, triunfante en la curva y el peso, Aquel amable charlador que podía cautivar la atención de salones parlamentarios, universidades y ta-

bernas. Era el caballero integral que ya había concertado en su alma la cita de la pereza, la gracia y la ironía.

¿No le habéis oído? Era aquel señor que preguntaba interesadísimo por la suerte de los muchachos que había educado en colegios, institutos y universidades. Era aquel buen señor que hizo, por sobre todas las cosas, la máxima gracia de ser un buen amigo: noble, caballeroso, firme en el afecto y radicalmente honesto para distribuir la excelencia de sus apreciaciones.

Era aquel caballero de los mofletes y el monóculo, aquel que llamaba la atención por su continente y su contenido.

Su ausencia en La Paz ha de ser siempre llorada. ¿Dónde está el señor que retornaba, a la hora del meridiano, rodeado de políticos, estudiantes, financistas y hasta frailes, de la Universidad al hogar? ¿Dónde está el caballero de gracia cuyas palabras quedaban impresionando permanentemente el ánimo porque rasgaban la obscuridad y rompían la telaraña de las cosas establecidas?

No lamentéis, sin embargo. No se ha perdido. Porque fue un hombre que, pese a sí mismo, estaba ganando la posteridad por fuerza de su propio Destino.

III

En un ambiente que deja gravitar la tristeza indígena, la indecisión mestiza y la fuerza telúrica

del medio, lo exquisitamente logrado, dentro del temperamento, tenía que ser la ironía. Bedregal fue su expresión constante y permanente. En las páginas de "La Máscara de Estuco" las apreciaciones son de tono doloroso, por lo profundamente irónicas.

¿Qué puede producir un ambiente torvo y bravo como el nuestro? La ironía.

¿Qué puede producir un medio equivocado en el cual la selección se hace a la inversa y asciende la estolidez humana con preterición del talento y de la personalidad? La ironía.

¿Qué puede producir, en política, un ambiente en el cual la ansiedad de nivelación no reconoce límite y en donde el Sargento Mamani cree necesario ponerse a ras de gloria con el Gran Mariscal de Ayacucho? La ironía.

¿Qué puede producir, en arte y literatura, un pequeño mundo en el cual se juega al fútbol con el pensamiento? La ironía.

Sí, caros amigos. Pertenece a un universo forjador de lo contradictorio, en donde la máxima expresión del pensamiento tiene que ser lo irónico. Y sabéis que en éste término confluye el equilibrio del sarcasmo y de la tristeza, del dolor y de la risa.

Juan Francisco Bedregal nos ha dejado el lineamiento de una filosofía de amables y cáusticas expresiones. Pudo ahondar más y más en nuestra vida. Pero, inteligente y bondadoso, ha preferido dejarle el tono de la protesta, al gran señor de la misma: Don Alcides Arguedas.

En verdad, yo no tengo la suficiente cultura capaz de interpretar los hechos sociológicos. No sé Historia, carezco de conocimientos y apenas si mi criterio es producto de una espontaneidad que me acompaña débilmente en estas tareas del homenaje a los hombres que he estimado por sobre todas las cosas. Es por eso que, humildemente reconfortado, prefiero refugiarme en la honda admiración que profeso por mis buenos amigos: lo mismo por Bedregal que Guerra; por Antonio José de Sainz que Ortiz Pacheco; por Gregorio Reynolds que Juan Capriles.

En esta virtud, pongo el cintillo del luto sobre la ironía aprendida de los maestros para presentarme a officiar esta charla que ha procurado mantenerse serena y justa, espontánea y cordial, sobre el meridiano obscurecido por la muerte que cobija a Juan Francisco Bedregal.

Mi espíritu penetra en la tiniebla y espera también, como el suyo, no retornar un día de la calma, inequívoca y sin sonrisas, de la muerte.

ARTURO BORDA*

El Illimani tiene su anatomía y sus anatomistas.

Quienes lo hemos visto desde niños lo conocemos profundamente, en sus mil tonos variados, en todas sus horas y en todas las estaciones del año.

La cordillera andina es temerariamente maravillosa. Creo que no hay vocablos apropiados para describirla o definirla. Deberíamos opinar, ante ella, con el silencio azorado de las pupilas. Entonces, acaso, pudiéramos traducir con lealtad el valor del paisaje, su calidad, su voz, su coloración.

Cierta vez visité a un hombre que moraba en una habitación de piso alto en la calle "Mapiri". Bohemio, lleno de talento, infinitamente inquieto y horriblemente libre, éste hombre vivía frente a la montaña que había amado desde que sus ojos se abrieron a la luz de nuestros cielos. El balcón era un mirador que daba hacia el Illimani, permitiendo

* Este mismo Borda cruza por los senderos de "La Bestia Emocional". Obra del autor.— (N. del E.).

abarcas con la vista todo el encanto verde de los campos calacoteños. El hombre era pintor y también escribía. Había realizado un labor gigante de colorista, la que había sido difundida, generosamente difundida, por los cuatro puntos cardinales de la ciudad y algunos sitios de América. En cuanto a las escrituras —que el Destino mantiene hasta hoy inéditas— había una pila de más o menos treinta tomos de un libro intitulado “El Loco”.

Era Arturo Borda. Fue el bohemio impenitente de La Paz, abandonado, como una conciencia acusadora...

Subamos al Illimani, idealmente. La estupenda montaña tiene sus caracteres definidos, su nivel organismo gigante que gusta de alimentarse de luces, sombras y fríos. Todo un sistema arterial de líneas se enreda en la masa ciclópea y va ofreciendo a la percepción respetable del artista ese inmenso secreto de su anatomía. La lejanía y la luz hacen de la montaña un ser animado de cambiantes coloraciones. La amanecida, la mañana, el mediodía, la tarde y el tramonto, realizan diariamente el registro de sus tonalidades.

Mientras contemplábamos el Illimani desde el mirador de Arturo Borda, a la hora crepuscular, éramos testigos asombrados de un notable juego de luces que acaso paisaje alguno pueda ofrecer jamás. Está en el Illimani, en latencia poderosa, una canción para Beethoven y un motivo para Miguel Angel o Leonardo da Vinci. La mole milena-

ria necesita, para traducirse, un poder artístico ascensional, una mentalidad de cumbre, una voluntad inquebrantable de realización estética. En tanto, está inédita para los papeles inmortales y no es, en el simple y humilde sentir nuestro, sino una de las más bellas joyas que hemos encontrado a la cabecera de la cuna junto al paisaje de la tierra madre. Pero repitamos una vez más:

—Esta montaña necesita una voz, un canto, un cuadro inmortales. Acaso su propio genio hierático produzca, en una dulce amanecida, el nacimiento de sus tres potencias substanciales: poesía, música y pintura. Los tres temas más difíciles para el hombre, pero los tres peldaños de la ascensión definitiva a la gloria. Las cumbres esperan a las cumbres.

La charla lenta de Arturo Borda, esa su charla suave y perezosa, que dejó en mi espíritu numerosas lecciones, se iba desovillando con el tema querido, en una sucesión de interpretaciones que mi ignorancia artística —ya dije que en mí todo fue espontaneidad— no permite recapitular. Aquello fue hace mucho y fue genialidad de Borda el tema que escuché con deleite y con respeto. Para corroborar su lección —su confesión, diré mejor— enseñóme diez, veinte, treinta apuntes del Illimani con sus minuciosos detalles anatómicos. Aquel hombre estaba compenetrado de la naturaleza de la montaña, la conocía profundamente, la había tratado en cientos de horas contemplativas y en diversos modos interpretativos.

—Esto —decía— en cuanto a su naturaleza misma. Si nos referimos al color, el caso es mucho más maravilloso...

Las pupilas de Borda tenían el secreto de las gamas cromáticas. Nunca un hombre había llegado a la vibración máxima que produce la cordillera nevada. Borda había realizado el Illimani. Y las montañas restantes también. Lo que hace falta es encontrar su obra dispersa, obsequiada, abandonada en los caminos bohemios. Conocía el hondo drama de las cumbres deshabitadas. ¿Podemos decir drama? Pues, claro. Es el drama de la soledad, de la roca formada a miles de metros de altura, en el silencio pavoroso de la altitud inalcanzable, de la lejanía vertical y augusta.

Ahí está el tema eterno para los hombres altiplánicos. El Illimani es un canto inédito, un poema inexplorado y un vigoroso cuadro que nadie ha pintado todavía.

Después de haber repasado los treinta o más apuntes de Arturo Borda y luego de haber escuchado su charla, dejé el mirador y me fui al Prado. Contemplé nuevamente la mole nivea e inaccesible. Entonces, el gran pintor del crepúsculo vaciaba sus colores sobre las sienas augustas y bravías y se producía el milagro que se ha grabado por siempre en mis retinas: la gama de colores espectrales. Toda la cambiante fulguración de tonos que atravesaban las brillantes agujas de los rayos solares. En esa hora, en esa tarde de la dorada infancia, estaba el Illimani frente a mí, emergiendo

de la zona de sus milagros, allá, al oriente, recibiendo la caricia de un sol agónico. Por esa hora vale la eternidad de este recuerdo.

Después, había acabado la lenta travesía de los espíritus crepusculares y la noche cernía sus sombras sobre la ciudad querida. Pero desde el fondo lejano de la cumbre, alzaba su fantasma silencioso la nieve eterna, la cima blanca, nidal de las estrellas. Y la noche se rompía en la gelidez de su cabeza encanecida. El Illimani era como una testa de infinito pensar, algo así como una conciencia en vela, la reflexión honda y grave del paisaje paceño.

Milagro, maravilla o ensueño, esta sensación de montaña embrujada ha ganado mi espíritu, ha inundado mi pecho y ha llenado la vastedad de la imaginación. Es por eso que tengo en el alma una religión supeditada a la altura, una imposición de la cumbre, un coraje místico del espacio sobre la caverna oscura. Este es el mal de montaña, el verdadero mal de montaña. O el bien de la montaña. No aquel que ahoga la respiración y altera el ritmo de la sangre, sino ese otro mal de altura, de honestidad límpida, de desmedida ambición que no cuaja en los demás hombres...

Durante algunos años Arturo Borda fue mi amigo. Conocía sus excentricidades, su rebeldía, sus hondas penas de artista incomprendido. Un oceano de alcohol alzó, junto a su figura, el oleaje turbio de la desesperación. ¿Vive aún Arturo,

el querido Arturo de las anatomías cordilleranas? Con él solía vagar por los suburbios caminando por las arboledas de Obrajes, contemplando el cinturón de cerros grises que dan la sensación de una jauría de lobos siguiendo la blanca majestad de la montaña madre. Esos cerros de greda enfermaban mi espíritu. En verdad, no me agradaron nunca. En cambio, las campiñas de Calacoto, el río de torrentera, los cerezos, los maizales, daban alegría al corazón y estimulaban la fantasía. Al retornar, Arturo descansaba y bebía. Iba tejiendo la trama de su novela, de su angustiada novela, con personajes disconformes, los cuales dictábanle las páginas terribles de "El Loco". Aquellos pasajes dantescos de los atirisiados invadidos por los piojos. ¡Horror!... Y es que Arturo Borda tuvo ante sí la obsesión del barranco, del despeñadero, del reverso sombrío de la existencia. Pero, amaba la belleza y ese amor la redime de las pequeñas culpas de su caída. ¡Grande inadaptado, bandera que no fue izada gallardamente en el mástil de sus secretas ambiciones! Arturo Borda...

Temperamento trágico, se asemejaba a Florencio Sánchez, el dramaturgo uruguayo. El capitaneó en aquellos años la bohemia de La Paz, llevándola por la extravagancia, incursionando en el azoramiento de las personas que, muchas veces, le vieron llegar de sus excursiones suburbanas condecorado en forma excéntrica... Nunca entumeció su vigor físico el frío del invierno en una ciudad que reposa a tres mil ochocientos metros sobre el nivel del

mar. Era una fortaleza de varón adusto, pero volcánico en sus ímpetus.

—Te voy a contar un cuento...

Mientras divagaba solemnemente, bajábamos por la Avenida "Arce", que era como un camino que daba la esperanza de llegar a las faldas de la montaña madre. Borda la contemplaba y se dejaba arrastrar por su llamado, como si quisiera buscar un refugio en medio de su entraña congelada.

Otras veces, ingresaba en cualquier café y luego de sorber un copetín, hacía retratos a lápiz, con una maestría digna de la Academia. Mi madre conserva aún un retrato mío hecho por Arturo. Cuando llegué a casa con él, todos se quedaron perplejos. Parecía que Borda hubiese realizado un presentimiento: una larga columnita de humo subía de mi cigarrillo hacia los cielos, en tanto que todo mi ser estaba detenido en una muda contemplación de la vida. El me dijo sentenciosamente:

—Tú debes ser un testigo de tu época...

Lo soy, en verdad, sin otra precipitación traidora. Pero soy un extraño testigo de cosas que hicieron de mi juventud, una vejez prematura...

La montaña llamó después a éste mi amigo hacia su seno de grandeza. Pero se lo llevó por las quiebras, como al río, embarrancándolo en veces, dejándolo correr furiosamente otras, con incontenible ímpetu. Después Arturo como el río, despeñándose y solazándose, se fue a dar a la mar que es el morir...

JUAN CAPRILES *

Juan Capriles fue profesor mío. Por manera que doy cabal testimonio de mis recuerdos sobre su persona. El poeta enseñó Literatura en el Colegio "Ayacucho". Inquieto, ágil como un colibrí dorado, llevaba a pasear su pensamiento por todas las fuentes de la Historia Literaria Universal. Era difícil seguir su vuelo. Pero encantador verle volar y escuchar sus referencias. Seguiré su remota huella.

Este poeta se apoderó de nuestra ciudad. Y la ciudad fue suya y sus habitantes sus amigos y sus amigos sus celadores en las noches bohemias.

Iré a Potosí. Crepúsculos de fuego, en la paz de la tarde, con el Cerro Rico jaspeado de piedras de colores, en un tono rojizo, como un testigo callado de una historia de siglos, de esplendor y de esclavitud. Portadas talladas en piedra, trabajada

* Véase "La Bestia Emocional". Obra del autor. (N. del E.).

por la mansedumbre y la rebeldía, a la vez, de los indígenas que jamás dejaron de adorar a sus propios dioses. Esta fue la Metrópoli de que habla la Historia con reverencia y éste el cerro que dió más plata al mundo y éstos indios, descendientes de aquellos mitayos que morían en el misterio de la Casa de Moneda, alimentando los hornos insaciables en los cuales se fundía el argento, motivo de avaricia y destemplanza. Estas las calles de los pasados romances en los cuales paseó el garbo español delante de las rejas coloniales y éstas las esquinas que se han debido signar con sangre de duelos y asaltos... ¡Potosí! Tal fue el marco romántico que me brindó aquella excursión de vagos y bohemios. En ese ambiente de ciudad respetada por los siglos, adulada por sus campanas de ángelus, ví surgir la figura señorial de don Juan Capriles, el poeta.

Para él no valían los prejuicios y el horario de los festejos no fue hierro capaz de aprisionar su vehemencia. Se lanzó, por su cuenta y riesgo, a penetrar en la muda prodigalidad de aquellas grandezas, a arrodillarse delante de los altares burilados por el esfuerzo de los antiguos artistas indígenas cuya labor hacía presumir la presencia de dos dioses: uno que gobierna el mundo y otro que solamente inspira la mente para el arte. Esos dioses estaban ocultándose detrás de las filigranas plateadas o en los pórticos tallados por Juan Condori, el precursor. Cruzó sus callejas que parecen poemas de aventura y amor. Yo encontraba su hue-

lla, pero al punto volvía a perderla... El hombre se había echado en la ciudad, sediento de su secreto pulsándola en la gravedad de sus gentes, en el aire meditativo de las personas ganadas por la seriedad del ambiente. Ciudad vieja, acunada por el misterio, estética floración de la piedra que desafía a los siglos. ¿Cuántas cosas hablaría Potosí en los oídos de don Juan Capriles? ¿No estaría viendo la sombra de los antepasados, su presencia misma, en las citas de la imaginación? Capriles ha ido siempre más allá de los límites de todo lo humano. Su intuición ha llegado a producirme pavor muchas veces. Con sus ojos noctámbulos y extraños, este poeta que no pudo soportar jamás la serena medianía de los temperamentos tranquilos, fue a manera de un jinete que galopara en corcel desenfrenado, detrás de todos los misterios, anticipándose a todos los acontecimientos que estremecen el corazón. Augur doliente, príncipe entristecido, esta figura de Juan Capriles es la que ha producido mayor admiración en mi vida, hasta hoy. Era singular. Nadie podrá hacerle par, jamás de los jamases. No en vano Juan Francisco Bedregal, mi antiguo profesor de la Universidad, le llamó SAN JUAN CAPRILES, por su desnudez absoluta de vanidad, de interés y de cuanta mancha prende en el espíritu de los hombres. Antonio José de Sainz me contó que el lema de este caballero se cifraba en estas palabras: "El alma al viento y el corazón al fuego". Y así le ví, en las callejas potosinas, azorando a los buenos burgueses con sus des-

plantes, bebiéndose la ternura de las gentes en la copa humildísima que levantan las manos de los pobres. ¡Cuánta sed de imposibles habrá logrado saciar el poeta en su encuentro con las almas de la adusta morada de piedra!

Capriles, como Hamlet, siempre ha estado en perpetua discusión con el dolor, rindiendo la razón ante el Destino, destruyendo la lógica ante el cataclismo. **"Avanza el malestar como una fría racha de un viento de tormenta, —ninguna luz alumbra la sombría tristeza que en mi espíritu fermenta..."**. Tal reza una de sus canciones. **"Del corazón ha huido la alegría, como una mariposa descontenta"**. Y él, como la mariposa, se fue no de flor en flor sino de cardo en cardo atormentando la tremenda ansiedad de su alma. ¡Ah, Juan Capriles, cuán pocos te han conocido muy bien, de cerca, como tus **hermanos poetas!**... Viéndole estoy correr por las calles y plazas de La Paz, su ciudad de adopción, custodiado por la simpatía permanente de sus habitantes.

Fue un soberano en la bohemia, un gallardo capitán de ensueños cuya imagen queda, por siempre, grabada en el recuerdo de las ciudades bolivianas por donde pasó derramando pétalos sombríos: sus cantos desesperanzados. Él definió la época, él fisonomizó el ambiente de nuestra existencia, él llevó el estandarte de nubes en el largo desfile de los artistas.

He oído decir que Juan era como Verlaine, como Villón, como Leopardi. ¡No! Juan era como

Juan, único. Verlaine fue presa de una homogénea desazón. Villón fue, a su manera, desordenado. Capriles fue antes que un rebelde, antes que un creador, un depositario de secretos pre-establecidos en la vida y en el alma. Fue un conocedor, un escrutador, un planteador de fórmulas. Su perpetua tensión que le ganaba los nervios en la tarea de recibir mensajes del espíritu, no le dió tiempo para crear muy a su gusto y para bañarse en las aguas de la serenidad.

Cierta vez —y parece increíble— se aproximó al lado de la mujer amada y le avisó un secreto:

—No tengas cuidado, se arreglará nuestra situación, saldremos del paso. Tengo la intuición de que, en un sitio que conozco, hay oro...

La pareja se encaminó al sitio de la extraordinaria cita. Capriles hurgó en el suelo, cavó la tierra y encontró unas láminas preciosas que las vendió en un Banco. Salvó los días de la aflicción económica. ¡Pero si este hombre miraba a través de las brumas más densas!

Años después quise corroborar esta anécdota y pregunté a una hermana del poeta si sabía algo de ésto. Doña Tula Capriles de Castaños, me ratificó el milagro. Ya Bedregal había dicho que éste era **San Juan Capriles...**

Iré a Cochabamba. La visión del valle me produjo un hondo sacudimiento. Fue un torbellino de aromas que ganó mi voluntad, la imposición irrenunciabile del huerto grande, florido y óptimo, sobre el alma del ser altiplánico. Algo más: la remo-

ción del ancestro. Conté alguna vez que soy descendiente de abuelos y padres nacidos en las hondas quebradas del Illampu, en clima de abrigo, de quietud y de ensueño. Seguramente que las campiñas y los árboles, el cielo y los arroyos límpidos, despertaron en mí a la vieja familia dormida en el pasado. Las voces de los campos fueron el lenguaje de mis antepasados, sus confines y umbrías, sus solares inmensos, su sencillez, constituyeron su ambiente. Por manera que este valle, recién descubierto, comenzó a dialogar conmigo familiarmente: —“Tú eres de los nuestros, tú tienes reminiscencias precisas del viento entre los maizales, tú sabes de las alondras y sus trinos, tú conoces la felicidad de guiar bueyes por los barbechos”. Esa era la voz que me había tomado el corazón, así, sencillamente, ante la visión de la campiña. Una obediencia filial puso mi alma a los pies de todos los árboles. Me sentía feliz, felicísimo, como un chiquilín protegido por la familia. Pero, en medio de las huertas, mi gula de colegial había desaparecido y miraba las cosas de otra manera. ¡Estaba muriendo en mí la bestia terrenal de la niñez y la adolescencia! En la redondez de los frutos encontraba estremecimientos. Recordé a Barba Jacob: —**la redondez de un fruto nos hace estremecer...** Los árboles cargados de duraznos, provocando el apetito de gustar el almíbar, me hablaban con su alma de acuarela y había sitios en que veía la mismísima obra de Santiago Rusiñol, plena de coloración en sus inmortales jardines. La palabra que sa-

le desde la tumba olvidada de los abuelos decía: —“Goza tú de esta dicha, siéntela hasta la infinitud, por ella nosotros fuimos felices y simples y buenos”. La hora y el paisaje no eran sino un camino al encuentro de mi verdadera sustancia: savia de campesinos. Y el vasto campo me ganó la vida entera. He ahí un **por qué** para explicar tantas cosas...

El estremecimiento en el alma de Capriles fue más intenso aun, dada su extraordinaria sensibilidad y su contacto con lo extraterreno. ¡Toda la infancia ante sus ojos, en los árboles, en los senderos, en las tapias, en las fuentes! Todo el recuerdo. Vale decir: padre, madre, hermanos, amigos, acaso amores. Juan tuvo infancia de dorada comodidad. Su padre fue Vicepresidente de la República, cuando la gobernó Ismael Montes. Sus muertos estaban dándole la bienvenida: el alma inmaculada de Aníbal Capriles. Lo cierto es que en Juan se aposentó la tristeza. Y esta vez sí se lanzó al azar por calles y plazas, a deambular como un insomne, mirando el pasado, sus días vividos ya, sus horas sin retorno. Yo leía su corazón. No hacía falta que me lo dijera.

—¿Ha escuchado usted las campanas?

Claro, a él le han hablado sus campanas, las del solar nativo, las que alegraron su niñez. Ese son despertaba los viejos ecos, transformados por la emoción de la visita, sin espera, agridulce para su corazón dolido que era **como un ronco bronce que llamara a muerte...**

Solitario, sin tregua, volvió a recorrer la ciudad, la bella ciudad enclavada en medio de la campiña con sus huertos, magnolias y parrales que se enredaban en los molles, sus grandes enredaderas de flores azules y rojas, sus orquídeas extrañas, sus diamelas de color del cielo y sus juncos olorosos. En cada recodo encontraba una sombra o lo que, para él, era una sombra —amigos de la mocedad, amigos de sus mayores, parientes— que le daban un abrazo y le hacían una pregunta:

—¿Qué fue de tí, Juan?

Él se atormentaba aun más por esta jugarreta que le había hecho el tiempo: alejar la infancia, hacer crecer los grandes espacios que enfrían los afectos y avivan el olvido.

Él volvía a su ciudad, la reencontraba. Pero ya eran oscuros los ámbitos interiores para el eco de sus campanas...

En el homenaje a Adela Zamudio, cuando menos se pensó, Capriles se hizo presente. Venía envuelto en una capa española, digna de un poeta como él. Avanzó en la escena, electrizando al público. ¡Era el poeta Capriles, el caballero don Juan Capriles!

—Vengo de capa —dijo— ante una mujer que tenía espada...

Quería significar el inmenso espíritu de lucha que animó la vida de la Zamudio. Así lo comprendió el soberano y le premió con una ovación de apoteosis. Seguidamente fueron desgranándose sus nervios. Era el año 1928.

Después... Nuevamente La Paz, las dificultades económicas que eran emergentes de los pequeños sueldos al magisterio, la lucha por la existencia y el freno a la loca carrera de los nervios, el desequilibrio entre el prosaico vivir y el hondo ensoñar, los desniveles de la realidad y el ideal, la fatiga de acatar esa cruda batalla y el desasosiego del análisis.

Un día nos habló maravillosamente de los valores gramaticales en la clase de Literatura, del juego lógico de los conceptos en las oraciones y nos recomendó a todos fidelidad con la propiedad de los vocablos y concluyó diciendo, a manera de corolario: —“Porque es necesario comprender que la Gramática es el Algebra de la significación”.

Un anecdotario de luces claras prestigia la vida de mi queridísimo muerto. Fue loco y fue santo, mitad demonio y mitad taumaturgo, es decir, autor de cosas prodigiosas. Un día —dejé de verlo por muchos años— cerró las puertas de su castillo interior. No iba a entrar nada en él. Nada iba a salir tampoco de él. Se recogió en el silencio. “Amainó el vuelo”, como rezan sus versos. Se despidió, en vida, de la poesía y gozó de la paz hogareña.

Entonces fue que la Muerte visitó su aposento y lo llevó en brazos, cariñosamente, hacia la paz definitiva, al lado de Arturo Borda el pintor, para ocupar gloria y quietud en el Ateneo de los Ausentes...

ARMANDO CHIRVECHES

He aquí que, nuevamente, mi pluma busca un alma en penitencia y en gloria. Esta es la de Armando Chirveches, cuya figura, plena de orgullo y dolor, cruzó por este valle de lágrimas entre los años de 1883 y 1926. Y encuentra esa alma, inédita aun para una interpretación humana, emocionada y simple, y trata de definirla cuando la atisba aureolada del sol primaveral de la existencia, o de las sombras de los días sin sosiego, o bien en el limbo morado de la desesperación. De todas maneras, cerca de su desconsuelo.

Para mí es menos interesante la figura exclusiva del escritor y del poeta que aquella otra que había en Chirveches, indisoluble de su propio drama, callado y sin revelación. El hombre que pasó por la tierra, escogiendo el canto y la creación novelesca para distraer su propio olvido, es el que me ha detenido ahora. Y estoy delante de él, no para decir elogios de su obra literaria sino para destacar su taciturna hombridad, su insaciado áni-

mo, su vana espera a la puerta que jamás se abrió para el amor fecundo que la Naturaleza realza con la mujer y los hijos.

En la vida de este hombre hay tres cimas por las cuales holló su planta: una fue la de esperar y sonreír. Otra la de disimular esperando. Y otra la de morir habiendo esperado en vano.

Chirveches inventó para sus versos una primavera de simple escenario poético. Pero su verdad honda fue el yermo estéril.

Vamos a llegar, Dios mediante y con el perdón de quienes me leen, a esas tres cimas. Ha de fatigarnos, claro está, la decisión de descifrar sus secretos y la audacia de revelarlos.

ESPERAR Y SONREIR

Se educó en el Colegio de los Jesuitas y luego en la Universidad de La Paz. Esto quiere decir que sus años juveniles transcurrieron en la zona ideal que determina —para las almas soñadoras— la blanca montaña Illimani. La influencia de la educación religiosa tuvo directa repercusión en su conducta, sometida a los frenos de la discreción, la decencia y la piedad. No asoma, sin embargo, en su obra poética, exageración alguna de tipo místico. Se educó tan bien que logró situar a Dios fuertemente dentro de sí para después seguir la senda con pie seguro. Se identificó plenamente con su Dios cristiano y jamás lo puso en duda. Toda su obra da testimonio de esta actitud serena

ante un problema, para él, resuelto con gracia y soltura.

La Universidad logró conformarle como a un hombre de ley y un aventajado estudioso. Escribió años después, en 1911, su libro llamado "Nociones de Derecho Internacional".

La poesía salióle al encuentro en los días de las primeras expresiones emocionales y fluyó de sus fuentes un arroyo plateado y suave que discurreó apaciblemente por en medio de animados paisajes y alegres arboledas. Este, que tuvo en el alma una sombra, fue quien vio más luz en el paisaje boliviano: su cielo pazeño, azul y hondo, sus vegas yungueñas, el Lago Sagrado. Este que tuvo un yermo en el corazón, sintió necesidad de adivinar y poseer el mar. Este, que tuvo poca flora en su recóndito secreto, describió maravillosamente el trópico.

Ahí están las sustanciales contradicciones que forman su propia e indeclinable verdad.

Chirveches que no conoció el amor en sus cráteres con lavas, llenó las páginas de sus poemas con historias de muchos amores. —Otra contradicción que refleja su soledad plena...—

Es verdad: la obra poética de Chirveches es diáfana. Su mocedad fue —como él mismo lo dijo— "una suave primavera de astros". En sus libros "LILY" (1901), "NOCHE ESTIVA" (1904), "CANTOS DE PRIMAVERA" (1912) y "AÑORANZAS" (1918) los versos cuentan incidencias del amor y sus temas son el lago, el mar, los ríos.

Diluye los ritmos en una complaciente descripción del paisaje. No se detiene en las subjetivaciones ni el sondeo interior. Pasa por sobre las estrellas dejando caer bengala de palabras. En medio del poeta se anuncia el novelista porque en sus poemas conduce el argumento de las ansiedades. Todo hombre que acierte a penetrar en el mundo de esos libros, comprobará este juicio.

Cuando llegó a sus veintidós años, en 1905, publicó su novela "CELESTE", precedida de un prólogo de Brocha Gorda (Julio Lucas Jaimes) en el cual éste que fue veterano de las letras llamó a la novela "mi hermosa ahijada" presintiendo que el ahijado iba a ser, en el futuro, el señor novelista de "LA CANDIDATURA DE ROJAS" y "CASA SOLARIEGA", lo más recio y superviviente de la obra de Chirveches.

En este gran término temporal de la creación produjo sus libros de mayor labor: "CELESTE", "LA CANDIDATURA DE ROJAS" (1909) y "CASA SOLARIEGA" (1916), "FLOR DE TROPICO", "LA VIRGEN DEL LAGO" (1920) y "A LA VERA DEL MAR" (1926). Tenía veintiséis años cuando escribió "LA CANDIDATURA DE ROJAS" y treintitrés cuando publicó "CASA SOLARIEGA". Estos libros constituyen dos grandes hitos en la novelística boliviana y en la obra general de la novela chirvechesiana. Si la ingenuidad campea en su ámbito poético, la penetración psicológica prestigia la trama novelesca. Fragmentos del alma boliviana son

sus argumentos y trasuntan vicios, ambiciones, glorias y ridiculeces de nuestro pequeño universo.

Hubo en él un poeta de sedante ensoñación y un novelista de grandes ambiciones. Por eso es más recia su obra en prosa que se superpone a los poemas, cuidados por él con esmero y repetidos en una y otra edición. (Versos de "CANTOS DE PRIMAVERA" están reeditados en "AÑORANZAS").

Arguedas, cuando prologa su "CANDIDATURA DE ROJAS" dice que el poeta sustrae las energías del novelador. Yo creo todo lo contrario y me apoyo en la misma crítica arguediana que acusa a Chirveches de haber vivido vagando entre "princesas encantadas, pájaros azules, gnomos barbudos, sátiros danzantes, Lilíes y Margots, todo ese abigarrado mundo de países legendarios y muy diversos, muy distantes del nuestro". Quiere decir pues que "LA CANDIDATURA DE ROJAS" y "CASA SOLARIEGA" no están disminuídas ni diluídas en la concepción lírica que animó a nuestro estimadísimo autor. En la primera hay una recia médula descriptiva. Los yungas paceños fueron para él una sinfonía que produjo armonías insuperables, como ésta: — "...yo gozaba de esa naturaleza que vive y que ama, que se renueva sin cesar y que evoluciona misteriosamente entre el amor y la muerte; que tiene coqueterías de mujer y cantos traidores de sirena; que es cruel y mimosa, que hiere y arrulla, que acaricia y mata. Nada hay artificial allá: todo es espontáneo y salvaje. El amor y el odio

brotan naturalmente con la rusticidad nativa del instinto que aun no se ha transformado en inteligencia". Más allá del acondicionamiento de sucesos, la mente de Chirveches penetra en la revelación de la psicología política que hace mover a sus muñecos en el ambiente provincial, deliciosamente descrito, imponderablemente logrado. "CASA SOLARIEGA" es otro examen acucioso de la vida chuquisaqueña, pechoña y conservadora, de fines del Siglo XIX y comienzos del XX. El drama es conducido con más aspereza, con un ahinco realista que hiere, dejando aflorar la ironía y acumulando historias e incidencias en torno a la lucha subalterna de un medio poco desarrollado. Sus personajes danzan al son de las campanas, en redor de los confesonarios, junto al murmullo de los chismecillos provincianos. Sin embargo, en cada uno de esos seres creados por su pluma se advierte el destino inmisericorde que se forja en la quietud y la mediterraneidad donde cada habitante es —como decía Pérez de Ayala de los del Valle de Congosto, en su libro "El Ombligo del Mundo"— "reducida y puntiaguada trinidad, formada con un teólogo, un filósofo y un sociólogo, a su modo y en donde se dan "muchas teologías, filosofías y sociologías, agudas y vanas".

El otro libro, "A LA VERA DEL MAR", es drama de amor a orillas del Pacífico y tiene una vivida reminiscencia sentimental de la tragedia bélica que creó para el boliviano una clausura geográfica de tipo monacal, suceso histórico que gra-

vita en forma trascendente en el alma de los bolivianos, condenados a existir introspectivamente. La mediterraneidad ha sembrado escepticismo e incredulidad. Cerrado el mar a la ansiedad colectiva, el espíritu multitudinario de nuestro pueblo es mas bien gótico, ansioso de ganar la altura desde la altura misma... Chirveches puso en su primera página esta dedicatoria: —“El autor dedica este libro a todos los bolivianos que no conocen Mejillones”.

En “LA VIRGEN DEL LAGO” se acentúa su amor al paisaje de la tierra natal y sus valores se acrecientan en la magnífica descripción que el Titicaca —a modo de agudo problema estético— plantea a los artistas y escritores. Tema sencillo, pretexto para una historia intrascendente, con apreciaciones y teorías de tipo científico.

Hagamos un resumen: —Toda la obra de Chirveches es un modo de esperar y sonreír. En su realización se ha empleado el talento sobradamente. El escritor paceño había logrado imponer su nombre, con austera nombradía, desde Europa hasta su patria. Había trabajado. Podía decirse de él que era, en verdad, un escritor organizado y devoto. Por eso, ante la contemplación de la semilla echada en el surco, aprendió a gustar de la esperanza y de la sonrisa. Acaso no pensó en la gloria, pero tuvo la secreta revelación de haberla querido alcanzar honradamente subiendo por los peldaños de sus libros desde 1901 hasta 1926.

DISIMULAR ESPERANDO

Todo lo que quedó anónimo en la interpretación de Chirveches fue su desesperación, esa dolorosa desesperación que él supo disimular maravillosamente con los recursos de su excelente educación y de su buena índole. No olvidemos que hay sabiduría en el silencio y el recogimiento de los seres que no gustan de llevar su alma a la feria para que en ella se la ponga en la subasta de la falsa piedad.

Al decir de Arguedas, Chirveches fue "sociable, mundano, enamorado, chispeante, alegre, elegante y aun atildado". Eso fue mientras su esperanza yacía a la sombra de sus laureles que fueron los triunfos literarios de París, en donde "Le Temps" publicó "LA CANDIDATURA DE ROJAS", rindiendo homenaje al genio creador de los latinoamericanos. La fotografía que se encuentra en las primeras páginas de tal libro, de la edición Ollendorf de 1909, denuncia a un ser de suprema y firme serenidad que irradia una simpatía humana que, forzosamente, debió constituir un camino de felicidad para este hombre. El gesto es de nobleza. Una efigie, diríamos, destinada al halago femenino por el don de singular varonía que delata.

Pero si el mundo veía en su porte y su atuendo al hombre feliz, dentro de su propio ser se escondía el genio desesperado e inconforme. Su canto, como la alondra inquieta, voló de alero en alero, pero en ninguno hizo aleluya de hogar. El ci-

tado Arguedas habla, en su emocionada crónica de 1926, que Chirveches tenía una novia en las campañas rientes de Luribay. Pero esa novia quedó en la dulzura de sus estrofas, mas no fue arrastrada por el cauce bullente de su sangre. La niebla, el viento —aliados de la indecisión y de la inestabilidad— se llevaron esa novia por otros rumbos diferentes, otorgándole el suplicio de la soledad.

Había pues una frustración repetida en su vida. Sin embargo —poeta al fin— puso el corazón en una torre de esperanza. Las páginas de sus estrofas son historia de una búsqueda constante. Mariposa su alma, se fue de flor en flor. Pero no supo quedar en una, aquella que hace destino y finalidad de la existencia.

Viajó a diversos climas. Vivió a orillas del mar, hizo larga etapa en Brasil, allá por el año 1914, con un cargo diplomático, estuvo en París. Conoció pues todos los incentivos que arrecian el espíritu y le dan experiencia.

¿En qué momento le visitó la flaqueza? Escribió seis novelas, cuatro libros de versos y uno de Derecho Internacional. ¿Toda esta producción se compendió en un solo agotamiento inmisericorde? Para un escritor organizado y vigoroso es una producción raquítica, especialmente cuando hay mucho que observar, interpretar y crear. En esa expresión literaria hay diafanidad y hasta cierto punto alegría. Los grandes desenlaces, al estilo de la época, no son recursos en su modo de novelar. ¿Entonces qué pasó con Chirveches?

Arguedas lo denuncia en "La Danza de las Sombras": —"...no ha creado hogar...". Es decir que su propia vida es un altiplano vacío y yermo. Su mundo se ha llenado de fantasía, pero no de realidades tangibles como son la mujer y los hijos. No ha creado hogar. He ahí la clave sombría en su peregrinaje por la tierra: marchar sólo, caminar sólo. Abrir y cerrar puertas sin la satisfacción espiritual de la despedida. Dejar la casa con una cerradura y llevarse la llave por los caminos. Ahí está la razón de su misantropía. ¿Dónde se fue la novia de Luribay? Su amigo Arguedas anotó históricamente: —"Se tornó, al correr de los años y apenas transcurridos los cuarenta, esquivo, huraño, displiscente, agrio".

Es claro: —¿Para quién tanto verso galante? Para el viento que es el alma del olvido... ¿Para quién tanta elegía? Para las huidizas formas humanas que apenas si rozaron su negra cabellera. Entonces, a la hora del balance, acuciado por la neurastenia, vió que su ser entero estaba en plena soledad. Como el cuervo de Poe, repitamos: "No ha creado hogar...".

Vió que su mundo fue el de la ficción: personajes de sus novelas, artificio ceñido a la letra de las páginas, seres a los cuales pudo negar y borrar de la memoria, como no podría hacerlo, contrariamente, con seres de carne y hueso... Porque también es cierto que en la honda introspección decidió escoger entre sus hijos intelectuales y, en



Alcides Arguedas



Juan Francisco Bedregal

Arturo Borda



Arturo Borda



Armando Calveles

Juan Capriles



Armando Chirveches



Gonzalo Fernández de Córdoba



José Eduardo Guerra



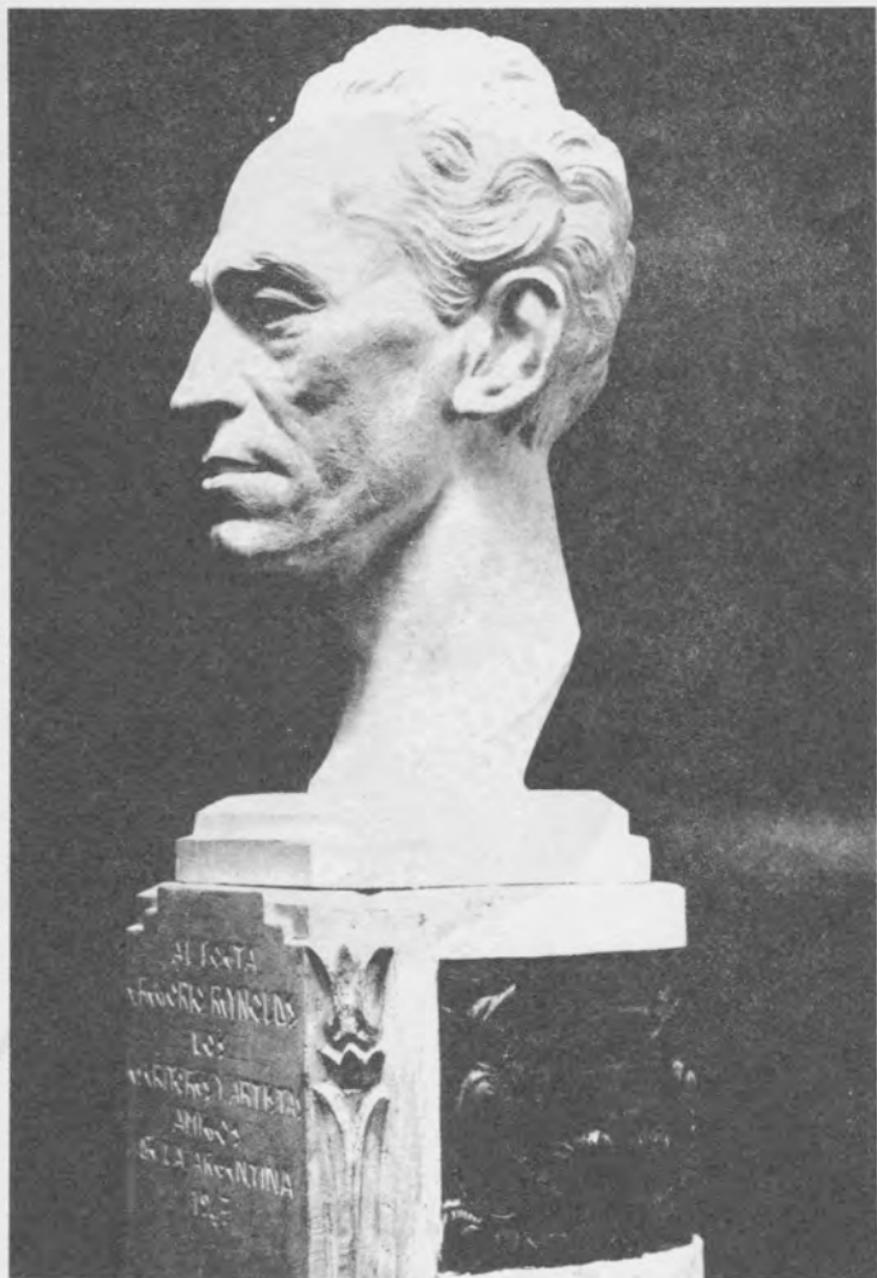
Carlos Medinaceli



Luis Mendizábal Santa Cruz



Nicolás Ortiz Pacheco



Gregorio Reynolds



Fidel Rivas

esa hora terrible, vio cuáles eran buenos y cuáles malos. Es decir qué libros podían supervivir y qué otros morir en el olvido.

Caminante de la soledad, ¿qué puerta iba a golpear al final de la jornada? ¿Qué mano piadosa iba a darle un sorbo de agua para la sed de las infinitas angustias? Llevaba cuarenta o más años encima y no conoció la voz filial de un hijo que le acompañara por las calles, los caminos y los viajes largos. Sintió que el temerario límite le apretaba en su espinoso ruedo. —“Con él se extingue —dice Arguedas— el nombre de la familia”. Lo cual equivale a expresar que se ahogó en su propio grito y que su amor naufragó en sus propios insondables océanos. Mares para una sólo barca, cielos para una singular gaviota, ámbitos sin eco. Vida dispar. Dolorida vida dispar.

El yermo espanta. Y si esa sabana estéril pertenece al espíritu, la tragedia es fatal. Cansa, seguramente, el tránsito sin oír una voz. Duele, inclusive, la libertad. Porque la infinita libertad es triste y constituye el patrimonio de los seres solitarios.

—¡Armando, Armando!... —Esa pudo ser la voz de la humana cooperación. Pero nadie se la dijo. Y siguió la ruta hacia la muerte, sin volcar la cabeza, pues, ¿quién iba a llamarle nunca?

Ese es Armando Chirveches en el trance terreno.

MORIR ESPERANDO EN VANO

La crisis espiritual que le sorprendió en Europa tenía que ser, en verdad, insalvable. Su mundo estaba complicado por el espíritu y en esas épocas los poetas estaban desafiando a Dios y el mal del siglo era el viejo "tedium vitae". Entonces crearon para sí la desesperación, agrandando el mal, intensificando la contradicción, poniendo al lado del amor la decepción, negando la alegría. De esa manera surgió la musa negra y todos hicieron un coro lúgubre que cantaba imaginarias dolencias que fueron originadas por la disconformidad, siendo los más aquellos que se acercaron a la vera de la muerte para dialogar con el misterio.

Como Federico Amiel —al decir de Gregorio Marañón— fue "un solterón de casa de huéspedes". Así le encontró la última crisis de nervios, en los agudos días en que a la ama de casa, en París, le pedía suicidarse juntamente con él, en una doble eliminación de seres que ya nada tenían que esperar.

Estos dramas del hombre, por sobre los dramas del escritor, son los que me han sugerido este ensayo de admiración por el notable novelista. Anoté líneas arriba que la inmensa soledad de Chirveches fue llenada de un mundo poblado de poemas y personajes de novela, como si quisiese, con ellos, disimular su terrible abandono. Anoté también cómo ese disimulo, inconsciente, daba la pauta contraria de su verdad inexcusable: historias ga-

lantes, paisajes tropicales, bosquejos del ambiente marítimo ,obsesión por el Lago Sagrado. Y dije de él, en la valoración que le brindo, que su sed insaciable le llevó al borde de la belleza lacustre, su mediterraneidad al lado del mar, la sequedad del alma junto al paisaje tropical.

Hasta que un día vió que todo aquello fue un simple escenario de la imaginación, pero nó una realidad vivida. Faltaba la voz amada que le retuviera y le reclamara. repitiendo su nombre, como en los versos inmortales Herrera y Reissig. Cuando encontró que nada tenía eco en aquel humano desear, tomó el revólver y se disparó dos balas en el corazón.

Era el 28 de octubre de 1926.

Este fue uno de los elegidos que inauguró el Ateneo de los Muertos.

GONZALO FERNANDEZ DE CORDOVA

Si algo realmente agradable tiene el espíritu chuquisaqueño es la gala del espíritu y la serpentina rosada de la ironía.

Hidalgo, decidor, pendenciero y bohemio fue Gonzalo Fernández de Córdova, nacido en el viejo solar sucrense de cuyos jardines llevaba, hasta el último de sus días, un clavel en la solapa de la levita. Le conocimos en La Paz, prófugo de los fríos de Oruro donde había vivido varios años y en donde perdió una promesa de amor que truncó su ilusión de poeta. Marchóse a La Paz, encontrando el refugio del Grupo "Inti", selección de espíritus, valores literarios y artísticos como Juan Capriles, Guillermo y Humberto Viscarra, Manuel Sagárnaga, Antonio José de Sainz, Dinko Garafulic, Andrés Cusicanqui, Walter Montenegro, Eduardo Calderón Lugones, Antonio Avila Jiménez, José Viscarra y otros.

En ese agradable compadrazgo de la bohemia intelectual de La Paz fue valorándose día a día.

Efusivo y emocionado, nunca perdió el buen recuerdo de sus viejos maestros chuquisaqueños como Claudio Peñaranda, Nicolás Ortiz Pacheco, Reynolds, los Mendieta. Y cuando pudo, hizo vibrar, al calor de los afectos, una guitarra lánguida, plena de añoranzas. Chuquisaca sollozaba en su garganta el doliente dulzor de su copla criolla, saturada de buen vino y de ardiente lágrima. Gonzalo Fernández de Córdova solía entonces supervivir el alma lírica de sus abuelos quechuas. ¡Cuántas noches de juerga inolvidable pasamos con él, buscando una buena sombra por las calles congeladas de La Paz! Evaristo Carriego o Florencio Sánchez nos habrían envidiado: vivíamos una época en que la bohemia era un pecado... Mas, no importaba. Gonzalo Fernández de Córdova burlaba el prejuicio y reía de él.

Una de sus entrañables obstinaciones era el anhelo de París. La Ciudad Luz tenía con la razón perdida. Habíase aprendido de memoria el plano de la ciudad francesa y, sin conocerla, discutía la ubicación exacta de tal o cual accidente de la urbe. Hasta que un día, el viejo deseo se vio cumplido. Gonzalo Fernández de Córdova marchó a París, con guitarra y copla, y buscó la gloria en el Barrio Latino, bebiendo ron con los estudiantes y llamando la atención de los europeos con el rítmico vaivén de los "bailecitos" chuquisaqueños... Y, a pesar de sentirse ya un parisién como Gómez Carrillo, nunca dejó de ser un buen chuquisaqueño. Era su obstinación racial, su tema instintivo...

—¡Ah, Chuquisaca de mis amores!... “Cuando la manzana pierde su pepita”... “Mata de rojos claveles puso Dios en tu corazón”... —El caballero de la loca guitarra americana llenaba la atmósfera de los figones con el dulce sahumero de sus cantos. Todavía estamos oyendo ese añejo estribillo de la buena amistad: —“El amigo verdadero ha de ser como la sombra”...

Retornó de París. Encontró nuevamente la protección del cariño femenino. Ya el bohemio tenía su hogar y vivía pegado a él con la generosa virilidad del que protege su buen destino.

Muchas veces le visitamos para escuchar sus versos, sus anécdotas o sus canciones. Y también para tomar su buen vino o su trago cordial.

Empero, todas las culpas de la locura fueron cobrando una traidora revancha en el organismo. Gonzalo era un roble vencido, una emocionante figura humana sin vista.

—¡Bah, qué diablos, yo regreso a Sucre!

A Sucre volvió sus ojos sin luz. Y con luna chuquisaqueña sobre la faz soñadora, durmió definitivamente el hidalgo, decididor y pendenciero Gonzalo Fernández de Córdova.

Nos queda aun el eco de sus canciones... Pero tenemos el consuelo de que en los mundos lejanos está en la mesa del Ateneo, repitiendo sus versos.

Y ha de tener, de seguro, en lugar de sus pobres ojos que cegó la tierra, dos astros rutilantes para su noche eterna.

1938.

JOSE EDUARDO GUERRA

Cuando apareció su primer libro "Del Fondo del Silencio" en Chile, allá por el año 1915, José Eduardo Guerra, predestinado a la Muerte y a la Gloria, escribía a Antonio José de Sainz, su hermano poeta, estas estrofas:

**"Antonio: en la apartada quietud de mi aposento,
cuando la noche, pálida y austera,
se duerma en el regazo del silencio,
y mi anémica lámpara se muera;
y que tu musa doliente me visite,
que me hable de tus íntimas tristezas
hermanas de las mías..."**

Y aquí estamos sus hermanos, visitándole en el Palacio de la Muerte, en medio del cual, con estrellas, se escribe su nombre glorificado. Recibamos, pues, su espíritu con unción y con respeto.

Era un hombre alto, con huraño mirar que se velaba detrás de sus perennes gafas. Yo le conocí, niño aún, en las aulas del Instituto Normal Supe-

rior, cuando filosóficamente explicaba a los alumnos el valor de los verbos. Como éstos son acción y sentir, sus verbos, en centellas interpretativas, eran todo un acontecimiento de cátedra. Fue uno de los valiosos profesores de la Universidad.

Entonces nos visitaba en el aula con sus grandes barbas jesucristianas que le quedaban como un símbolo austero de dignidad y señorío. Porque, en verdad, si él se llamaba José Eduardo Guerra Ballivián, demás está hablar de su señorío y abolengo.

Como las golondrinas, gustó cambiar los climas. Viajó mucho, representando en la Diplomacia a este nuestro país que no tiene diplomáticos. Prestigió a Bolivia en Ginebra, en París, en Madrid.

Escribió ese hermoso catecismo escéptico que se llama "ESTANCIAS" y que son audaces serenatas a la Muerte. Nunca tuvo miedo de dialogar con la Pálida Enlutada. Al contrario, de la muerte misma y del pensamiento de ella, extrajo su honda filosofía poética.

Sirviendo a la nobleza de su espíritu hizo crítica literaria. Lo mejor de esta labor fue que la hacía en Europa para evidenciar el nombre de su Patria.

En materia de poesía tuvo a sus elegidos: Juan Ramón Jiménez, José Asunción Silva, Julio Herrera Reisig... Fue siguiendo las pisadas de ese inmortal suicida que se llamó Stefan Sweig, estupen-

do buzo del alma humana y revelador de todas las gamas psicológicas de los hombres.

Estuvo en París cuando se suicidó nuestro gran novelista Armando Chirveches y departió sus horas de Europa con Alcides Arguedas en tanto que trataban de establecer un orden psíquico para explicarse la trágica despedida del autor de "La Candidatura de Rojas".

Pero hay algo más interesante que su generosidad literaria, que su bondad de fuente creadora de estrofas: su bondad de hombre. Su gran caballerosidad de Diplomático. Comenzaba entonces a quemarse nuestra Madre España en las piras de la guerra interna. Todo lo arrastraba el salvajismo bélico. No respetaba ni a las mujeres ni a los niños. Entonces fue que la isla de su Legación se abrió para proteger a los refugiados: hombres, mujeres y niños españoles que, por lo menos, hallaron la garantía de una territorialidad extranjera en un pedazo de edificio madrileño. Valga decir que hallaron el hogar, ese hogar que luego se destruyó para siempre...

Aquí estamos, delante de él, en la grande humildad de este recuerdo que eleva el espíritu hacia las regiones ideales en las que no asoma la miseria del vivir cotidiano, tan absurdo y tan torpe por su contacto irritante con la materia prosaica. Aquí estamos todos sus hermanos, delante de él, para llorarle en las lágrimas de los versos de Reynolds y en los acordes dolorosos de Beethoven y de Grieg. Aquí estamos recordándole cuando decía:

“Una estrella romántica ha venido
a mirarme a través de los cristales,
y en un ambiente tibio de rosales
mi espíritu febril se ha adormecido.
La caricia sedante del olvido,
en un vuelo de blancos madrigales,
aliviando la carga de mis males,
hasta mi corazón ha descendido.
Ya tengo hogar y paz dentro la estancia
al calor de mi lámpara encendida,
mientras vaga la tímida fragancia
que perfumando el sueño de mi vida,
embalsamó el cadáver de mi infancia
en una edad romántica y perdida”.

Aquí estamos, sí, ante el cadáver de esa infancia sublime de poeta que se llevó en su viento helado la Muerte.

Sea con él la paz y la Gloria, por siempre.

1943.

CARLOS MEDINACELI

El mar estaba tempestuoso y era como el mar su vida; de timón débil su barca sin rumbo. Así era Carlos Medinaceli, uno de los intelectuales de más recia personalidad que haya dado Bolivia.

En medio de la borrasca, clamó su palabra: —“—¡Ah!, yo pienso que la “cultura”, esa educación intelectualista que me han dado, eso de haberme introducido “en lo trascendente” en el estudio y la comprensión de los altos problemas espirituales de Occidente, me ha hecho un terrible daño. Pero, ¿por qué yo he tenido tal prontitud, tal aptitud, para penetrar de golpe, en los silos más hondos de estos problemas, que más que problemas, se han transformado en angustias y me han tornado en un hombre atormentado por el mal metafísico?”

Muchos años ha, había sufrido su “crisis mística” y fue un ansioso que buscaba el punto final en el suicidio.

—¡Ah, todos estos mis muertos, mordidos por la desgracia! Medinaceli no viene como una excep-

ción a este Ateneo, sino como una confirmación extraña de otros destinos que cruzan por estas páginas.

Siguió navegando con “el alma poblada de tormentas metafísicas”, tal dice su propia expresión en la novela “La Chaskañawi”, en donde están las fronteras entre su vida y su muerte. Soy de los escritores que no toman el canon o el patrón de los psicoanalistas sino que, por mera intuición, casi inequívoca, se introducen en el fondo de una vida. Aca-so por similitud de problemas. En esa novela, de tipo cuasi confesional, está la gran tragedia de Carlos Medinaceli. Le he conocido en las curvas de ascenso y en las locas espirales de la caída.

—“Soy, pues, y no hay remedio para ello, un “fin de siglo”, un alma crepuscular de Occidente extraviado en lo más agreste de estas breñas de América. Por eso hay un cósmico divorcio entre mi alma —que es de otra parte— y el paisaje que me rodea... De ahí que, de raíz, yo he nacido no para vivir mi vida “ en su plenitud”, sino fragmentariamente... Sí, soy un hombre fragmentario... O más propiamente, absurdo, incompleto, desigual...”.

“La Chaskañawi” tiene un doloroso paisaje humano, una obscura geografía que se ilumina de pronto con el alcohol y el desengaño. Sus personajes son elementos en lucha, de los cuales triunfa el que usa el predominio de la carne: la afamada Claudina que da la sensación de ejecutar una tarea zoológica y siniestra. la del alacrán que, después del amor, sacrifica al macho. A mí me pro-

duce ese efecto el atormentado argumento. El resabio que queda en el lector es agri dulce, una desgarrante revelación de la realidad.

Para penetrar en ella se ha necesitado, lógicamente, un autor de ese temple, sombrío y severo, como fue Carlos Medinaceli, que ubicó sus propias contradicciones interiores en el protagonista de la celebrada novela. (Se han hecho ya varias ediciones de la misma. Pero no ha sido suficiente el escritor artista, capaz de realizar una novela, sino el personaje temperamental que había en él, un ser que se iba destruyendo con el autoanálisis.

Un lago de "singani", una chola guapísima, un hombre débil, trasplantado a la provincia, son los motores esenciales de esa novela que será siempre leída porque en ella se hace historia amarga de un sino que gana las voluntades: el alcohol; de una fuerza que determina el factor racial: la psicología mestiza, y el ser que se hace víctima de este encuentro trágico de la vida y del medio.

La vida mestiza es generadora de penas y desasosiegos, en contraposición a la actitud hierática del indio que oculta sus problemas interiores y, en veces, los disfraza y los desvirtúa, en un enojoso alejamiento de blancos y cholos.

Carlos Medinaceli, con el ropaje occidental, culto y talentoso, produjo esa obra de arte mestizo inimitable que es la "Chaskañawi". En ella hay cierta zona costera de su mar alborotado y turbio. Hay un Medinaceli ganado y flagelado por el medio.

En esta vida de hombre superior y en la obra salida de sus manos, existe el eco doliente de la música de bajo fondo —bajo fondo y elevada expresión, por cierto— que se vierte en la copla y el “bailecito”, en la cueca llorona, en el “huayño” atormentado, todos ellos naufragados en licor de la tierra: singani de Cinti, chicha de Cochabamba, pisco de uva de Luribay... Es el inmenso drama traducido en canto y llorosa letanía lírica, es el grito de las almas retorcidas en el suburbio y en la provincia. Otro escritor llegó también, como éste, a dar los acordes máximos de la vida mestiza, del alma chola: fue Antonio Díaz Villamil, autor de “La Niña de mis Ojos”.

Pero en Medinaceli se ahondó el drama personal y, como muchos de los hombres convocados a éste Ateneo, fue la suya vida suicida, desesperada carrera hacia el abismo. Nadie los condena por ello, lavaron sus manos con el agua lustral de la buena obra.

Medinaceli se sentó en el banquete de los gustos provincianos y puso oído atento a sus reacciones: la pesadez del sol, el silencio de plomo de las plazas, la dorada tentación de los viñedos y el oloroso zumbido de las bodegas. Bien sabéis, caros lectores, que el vino habla solo, primero, y luego se hace doble voz en el espíritu de cada persona. Pero, hay sobre todas, una borrachera honda y grave: la borrachera de los seres analíticos y supersensibles, la embriaguez de los que prenden su desesperación al tono de las guitarras y al vuelo loco de

las polleras. De todo esto surge la diosa mestiza que Medinaceli llama Claudina y Díaz Villamil La Rosita.

Consumó la gran obra contribuyendo con su experiencia personal. La obra pidió el sacrificio del hombre, lo amarró a su destino social, le oscureció la mirada y lo hundió en su propio argumento. Si la Chascañawi acabó con Adolfo Reyes, la novela de éstos asesinó a Medinaceli. Un destino y una tragedia.

El mismo nos lo dijo en una preciosa crónica sobre el otoño: —“Otoño... danos lecciones de discreción y enséñanos a contentarnos con lo poco que somos y el poco bien que aun podemos demandar de la vida y lo poco que ella, en buena cuenta, puede darnos, para que, como recomendaba el clásico, “sin esperanzas locas, sean nuestros deseos cuerdos”. Pero la cordura dejóse avasallar por la desesperación.

Sus males íntimos aparecían gradualmente. “Yo debo ser algo ruso —dijo en su crónica sobre “Los árboles melancólicos”— como los rusos de Dostoyewski. Tengo en mí tan adentrada la manía del autoanálisis como aquel pobre a quien llamaban “El Idiota”, el Príncipe Muichkin, que cuando no tengo nada que hacer, y aún cuando estoy haciendo algo urgente, no cejo de autoinspeccionarme. Y me decía: —En mi alma debe haber el germen de un romanticismo sofrenado; hay anhelos, hay aspiraciones, hay ideales, para los que no he encontrado desahogo; late, en el fondo de mí, un

espíritu de rebeldía, de protesta, de cólera sorda, pero incoherente, vaga...”.

Terrible mal, ciertamente.

Alguna vez dejó sorprender la clave de su angustia, cuando expresó: —“Escribir en España —decía Fígaro— es llorar”. Escribir en Bolivia es matarse”.

Hemos hecho un hondo recorrido hacia la **vida de este muerto** glorioso. Quisimos realizarlo en profundidad, buscando las raíces de su mal irremediable. Casi lo hemos adivinado. Posiblemente, si pudiera aun tomar la pluma, lo haría para polemizar con nosotros, acaso en el afán de algunas rectificaciones. Mas, sabe él que aquí no se refugia la calumnia ni la maledicencia.

Fue un polemista ardiente y decoroso, en veces cáustico, un tanto “mala lengua” como Ortiz Pacheco. Escribió magníficamente en revistas y diarios, hizo crítica saludable e intolerable para la mediocracia. Levantó su personalidad hasta un nivel de consagración.

Luego... el análisis, el autoanálisis, la inspección de sí mismo, le hizo caer en la barranca negra para no salir de ella sino como un fantasma hacia el último misterio, iluminado de dolor, de sabiduría, endurecido en el sarcasmo, abroquelado en el conocimiento de las cosas. Había hecho su jornada en senda de soledad, a la sombra de los árboles de Cotagaita, de las lunas que platean los viñedos. Potosí, Sucre, La Paz, algunas provincias en donde hasta el silencio bosteza, fueron el escenario de su

desazón. Con luz de occidente descubrió la tiniebla-
mestiza y con copla de cholos embriagó su ansie-
dad europea. Esa fue su contradicción mortal. A
ella se rindió, como ave perdida en la tempestad,
amainado el vuelo—como dijo Capriles— y llevó
hasta los astrales mundos la sed de la tierra que no
se aplaca sino con la Muerte.

1955

LUIS MENDIZABAL

SANTA CRUZ

Le conocí en Oruro, allá por los años de 1928, cuando comenzaba yo a luchar sólo con la vida, sin más recurso que la poca habilidad de zurcir crónicas en el diario "La Patria". Entonces se sumó a nuestra bohemia este gran desesperado, criatura deshecha por la adversidad en un camino de ritmos quebrados y pensamientos en plena desolación. Su voz se unió al coro de los que amaban la literatura, nó con la fría aprehensión del cerebro, sino con la brasa del corazón, dispuesto siempre a terminar en carbón o ceniza...

Era un mocito extraordinariamente culto, delicado como un junco, vestido impecablemente y rodeado de un círculo selecto de personas. Parco en todo orden de cosas, había entregado todos sus esfuerzos y el fruto de éstos a la familia de su madre y hermanos. Nosotros respetábamos esa reserva meticulosa que hacía éste de sus energías y le de-

jábamos partir siempre temprano, con paso seguro, hacia el hogar.

Pero un día, éste niño de alma sensitiva, púsose a escuchar la insistencia del ritmo dentro del corazón y se lanzó en su primera aventura de amor, cuya traducción es esta estrofa:

**“Pintó una nube viajera
y dijo que era el querer.
Pintó un ave pasajera
y dijo que era el placer”.**

Detúvose en la senda. Dos ojazos lo embrujaron. Pero vio en ellos la sombra del pesar y de las lágrimas. Entonces siguió anotando su experiencia:

**“Y luego, en un arrebatado
de sentimiento, el pintor
diseñó un bello retrato
de Magdalena: el dolor”.**

Quedóse azorado. Su descubrimiento de la vida no hallaba aún la verdad insobornable de su secreto. Dejó la ansiedad de su pintura junto a esa Magdalena indescifrable que aparecía en medio de un lirio morado que cayó muy pronto de las solapas de su chaqueta. Pero, avanzó aún más:

**“Quiso pintar el amor,
pero no supo qué hacer.
¿Cómo poder concebir
un sollozo y un suspiro,
unas ganas de llorar
y unas ganas de reír?”**

Siguió en su azoramiento, atormentado, frente a los problemas sin solución. ¿Cómo aquello que había comenzado a mecerse en una nube viajera? ¿Qué rumbo iba a tomar el ave pasajera y en qué tejado iba a posar alegremente? La nube se perdió en el infinito y pasó el ave.

El poeta cruzó los brazos, en espera de lo imposible. Comenzaba a sentir esa extraña sensación del abandono, del primer abandono inquietante. Y quiso escribir su remate:

**“Después de mucho pensar
cómo pintar el amor,
pintó una lágrima ardiente
y unos ojos de mujer”.**

No hubo salvación. Y esas estrofas son de su primer poema que le quedó como corona prematura, morada y cruel, sobre sus sienes purísimas de poeta-niño.

II

Bien lo supo. El amor se pintaba con una lágrima ardiente y unos ojos de mujer. Unos ojos de mujer que no siempre pueden ser luz sino penumbra de extremado sufrir.

Luis Mendizábal Santa Cruz se hizo, muy pronto, un hito sombrío en medio de la luminosidad ardiente de su pampa orureña. Comenzó a vivir su drama de misterio y de descontento. Llevó sus versos en hombros del triunfo, con el estruendo de los

premios que obtenía fácilmente, gracias a su bello talento. Pero eso no era suficiente compensación para el desenfreno de sus nervios.

Un reloj loco —como él mismo escribió— marcó el sino de sus horas. Por el techo de su choza resbaló un sol neurótico que el alcanzó a la hora de su salida por los caminos de Dios...

Conoció el amor de María de Magdala —símbolo equivocado de la mujer que extravía su destino por las encrucijadas. Luego, arrepentido de esta inmersión en el pecado, quiso salir, sollozante, hacia la estrella de una esperanza. Fue entonces que su corazón estaba ya lastimado...

Surgió el vaticinio inicial:

**“Es mi existencia,
la última arista de una estrella errante”.**

La desazón prematura le puso frente a sí mismo, en una extraordinaria obstinación de autococonocimiento. Se había embriagado de poesía y en ella asomaba la sombra, pugnando por explicar una razón de ser:

**“Y me doy en nostalgias musicales,
en poemas, perfumes y canciones.
El darse así remedia nuestro males
esparciendo ceniza de ilusiones”.**

Estaba evidenciado el mal. Él creía que su remedio era el canto. Voló su canción en numerosos temas. Su verso paseó triunfante por muchos ámbitos.

Hasta que en 1937 surgió "Llamarada", su único libro —cofre azul— de versos. El poeta que lo prologó le llama "el artífice de la metáfora roja". Pero no es totalmente una verdad tal traducción de su espíritu. Apenas había escrito un solo verso con tendencia política, suscitada en su poema "Mis manos" que hablan de las contradicciones que impone la guerra, haciendo que: "Hoy estas manos mías —nacidas a la vida— para palpar ideas, —para crear, —tejer coronas— con nieves y con nubes; —estas pálidas manos— ensortijadas de luciérnagas, —pulsadas— con el esmalte azul de la ternura— son, no más, como todas— las otras que aquí matan: —las manos de un soldado".

No hay más metáforas rojas en su obra fugaz. Vida corta, vencida por el tedio y el desengaño, fue, en verdad, una llamarada, o sea una llama violenta que se apaga pronto.

Cuando el "spleen" ganó su naturaleza y dejó que sobre su ser herido cayera el rocío lacerante del alcohol, entregó la medianoche de sus meditaciones —enjoyadas en ironía— al periodismo. Todo el repertorio de sus artículos publicados en "El Diario" de La Paz pueden servir de documento de una descomposición emocional que anunciaba el final trágico de su existencia.

Como en todos los hombres de su generación hundió su garra torcedora la guerra y aumentó la deformación lógica del ser interior, Mendizábal se refugió en la ironía y el sarcasmo y comenzó a hacer danzar todos los días, ante la espectación de un

público incomprensivo, unos muñecos que llevaban apodos y que pugnaban por transmitir una filosofía que no era tal, sino amarga desesperación.

El hombre se había rebasado y, con las manos crispadas y los ojos ansiosos de paisajes sombríos, trataba de abrir las puertas que no cederían jamás. Había culminado en el olvido, en trance fantasmal y abismal. Y aquel que, pocos años antes fuera un poeta niño, ahora era un poeta loco, trashumante, empujado al dolor y a la muerte.

Nació en un sueño, sobre "una nube viajera", y cayó en una realidad abrumadora que lo trituró sin misericordia. El camino de los poetas terribles, almas blancas que, de pronto, comienzan a cantar cuando el volcón echa lava sobre la heredad feliz, es un camino de crepúsculos sangrantes...

Un día, la Muerte le fue a sonreír y armó su mano, brutalmente, del fusil que había despreciado su alma de soldado en la pasada contienda del Chaco. Y con el arma salvaje, se destrozó la cabeza de un disparo...

Concluyó la llamarada. El ave pasajera, dejó en versos maravillosos, la sombra de su vuelo...

1955.

NICOLAS ORTIZ PACHECO

Poeta, gran señor, Ortiz Pacheco, —númen de vuelo firme y alto, —cultiva la piedad y la ironía —con pulcritud y con recato—. Eso fue dicho por Gregorio Reynolds.

Pero éste fue de los de atar, porque asentaba el desplante en el orgullo y la valentía en el talento.

Ninguno más parecido —por la desesperación— a ese que escribió los “Poemas Intemporales” y que se llamó Porfirio Barba Jacob. Sintió la libertad hasta encontrar el tedio y por huir de éste cayó en el dolor.

Ninguno más señor en su evasión de las cosas, ni más guapo en el escarmiento. Jamás conocí voluntad más recia para salir frecuentemente de los abismos. Alcanzó facultades extrahumanas para ganar su partida a la adversidad. De recio material espiritual —es decir de hondo pensamiento— este hombre superó a las calamidades y a los cataclismos. Cayó en el naufragio pero ganó la orilla, cruzó el incendio pero evitó las llagas, sumióse en

la tempestad pero encontró el resol. Triunfador, en una palabra.

Toda expresión suya fue producto de experiencia. No fue un elaborador mental, al modo de otros poetas. Fue un traductor de penas, emociones, olvidos, desvaríos y miserias. Tuvo en su auxilio el buen decir, la inflexible pasión por la lógica.

En el anecdotario de su vida hay filones de oro, maravillas del ingenio y de la espontaneidad. Recordábame a ratos a don Francisco de Quevedo y Villegas, pronto a herir al poderoso, a reír con sus ingenuas extralimitaciones. Una distinguidísima pariente le había llevado, cierta vez, al cementerio de Sucre para elegir tierra santa en donde construir un mausoleo. Ilusionada la dama le dijo:

—Y verás, Nicolasito, qué bello será... Pondremos ángeles de tamaño natural.

—¿Y cómo son los ángeles de tamaño natural? —respondió él.

Empero progresó la idea del mausoleo que, al decir de las gentes, debía sufragarse por alícuotas partes:

—¿Y tú, Nicolás, con qué vas a contribuir para la obra?

—¿Yo? Pues con mi cadáver...

La realidad rectificó esa ironía. Está ahora enterrado junto a las moradas enredaderas del cementerio de Cochabamba. Sus amigos lo acompañamos hasta allá: Javier Baptista, Eduardo Ocampo Moscoso, Roberto Wieler, Armando Palmero y otros.

Estuvo haciendo ironías en los mismos umbrales del misterio. Se fue como un Señor repitiendo:

**“Morir no siempre es descender, yo asciendo
al llegar a la meta del olvido.**

**No quiero recordar lo que he sufrido
ni comprender la nada que comprendo.**

**Y la nada me atrae como abismo;
a su atracción no puedo sustraerme;
estoy cansado, desvalido, inerme;
me faltan ilusiones, fe en mí mismo;
causo penas o estorbo a quienes quiero
y a vivir de piedad, morir prefiero.**

**Como llorar no quiero en tu presencia,
llora por mí, mi amarga confidencia”.**

Ese fue el presentimiento. Lo dijo en el último recital que dio en un atardecer del valle, después de haber libado un vino añejo que llevó atrás de la escena Armando Palmero.

Alguien dijo que existe el dolor como un principio dinámico. Lo creo. Lo he visto. poliforme e indeclinable, crear en los versos de Capriles, de Reynolds, de Ortiz Pacheco. Ningún creador más potente que él le ha ganado en la reciedumbre de sus obras. Construye el verso a trueque de destruir al hombre.

Este es el caso de Nicolás Ortiz Pacheco. Las gentes le conocieron por su aptitud mordaz, por su ironía fluyente. Esa fue apenas una compensación cuyos destellos se perderán en el tiempo. Lo precedero de su obra es su canto, engendrado en el

desesperado amor, en el irrenunciable pecado, en el hastío fatal que fue preconizado desde los griegos hasta Shakespeare y que prendió dolorosamente en el alma de nuestros poetas, gentes de un paisaje árido en la altiplanicie y demasiado incomprendido en el medio cultural.

Este pudo decir como aquel de la "Canción de la Vida Profunda":

—“¡Hechizantes opios, hechizante caña de México, hechizante y feo alcohol, hechizante amor de la inteligencia hacia la vida —que es el mejor de los hechizos—: he aquí lo que yo demando a los lectores de estos poemas. Sin una exaltación de entusiasmo, o aunque sea de iracundia contra mi numen, no es posible leer mis páginas inflamadas”.

Porque, es verdad, los poetas pasan por el antro y lo sienten, gustan el hechizo y lo sufren. Padecen su pecado y lo lloran. Acatan el desvarío y lo embellecen. Buscan a Dios porque lo perdieron un día en la áspera senda y cuando están por escuchar su verdad suprema, los traiciona su propio Destino e ingresan en el callado misterio.

En toda obra poética hay una frustración del espíritu. Todo canto perfecto pertenece a una imperfecta felicidad. Todo ritmo divino corresponde a una arritmia del corazón. Esa es la verdad que se debe saber para comprender a Nicolás.

Gallardo en sus actitudes, tuvo en el periodismo horas magníficas en las que demostró su cultura literaria y señaló rumbos democráticos a la nación. Esas horas diéronle también —Bolivia es

así— decepciones y amarguras. Cerráronle, en cierta oportunidad, los diarios sus puertas para un debate. El luchó desde los altoparlantes en forma denodada. Le sobraban los recursos del ingenio para imponer su personalidad en la contienda.

Otra vez, en la lejana juventud, había logrado llevar a escena su comedia "Aniversario de Boda" que el público chuquisaqueño tomó como un desafío, amotinándose en la sala. El poeta avanzó, audaz, frente a los espectadores airados y dijo resueltamente:

—¡Entonces diré los nombres de mis personajes!...

Y así, en este ambular hastiado, Nicolás Ortiz fue un caminante irónico que, ansioso de ganar climas de calmas, tenía que luchar contra el veneno de sus enemigos.

Os cuento que, cierta vez, un burócrata de la cancillería hizo todo lo posible para malograr un nombramiento que el poeta había obtenido para marchar a Europa en misión consular. Cobrábanle de esta manera el agravio, la frase dicha en el afán mordaz, la venganza terrible que no respeta el talento.

—Cien burócratas como ése —dije yo— no valen un Ortiz Pacheco.

Le torné del brazo, fraternalmente, y le llevé conmigo a realizar el trajín despreciable por oficinas y covachuelas. Trabajosamente, salió a Europa y se fotografió con las palomas en el inmenso atrio de la Catedral de Génova.

Pero el ángulo agudo de su vida anecdótica se irguió cruelmente en el Chaco Boreal. Ahí tuvieron que soportar su apóstrofe los jefes militares, en unos versos que corrieron de mano en mano, sigilosamente y que vinieron, frenéticos, desde las líneas de batalla hasta los escondites cómodos de la retaguardia.

Su lema fue claro: —“**Sólo tengo mi alma, y soy su amo**”.

Había venido a estas tierras desde la suya, Sucre, en donde fue cofrade de un grupo que hizo historia en el periodismo y en la poesía, aquel que, al decir de Costa Du Rels, actuaba junto a “todos los entreveros de una sociedad, en donde, a la par que el famoso floripondio de Santo Domingo, de perturbadores aromas, florecía el inmortal caramillo chuquisaqueño, de temibles destellos...”.

Pero cuán amarga fue su senda. Primero alzó su infernal bandera, orgulloso, en la conquista de lo efímero y dijo:

—“**La vida sin pecado es un pecado
de lesa humanidad y lesa vida,
el ser que no cayó siempre es malvado,
porque vivió de fuga o de embestida**”.

Y años más tarde, cuando la soledad acrece, dijo en pos de redención:

—“**Jesús, no me perdones, te lo ruego:
Tanto por mis pecados he sufrido,
que al pecar padeciendo, obra de fuego,
el pecado al pecado ha redimido**”.

Bellísima estampa de una moral inalcanzable. Sincera ofrenda del castigo injusto en la oración del dolor. Esa es la hora en que Nicolás Ortiz Pacheco se transfiguró para ganar la inmortalidad.

Como el hermano Juan Capriles no llegó a publicar un libro. Para Juan editó "Evento" el inolvidable alcalde cochabambino Luis Castel Quiroga, amigo de artistas y escritores. Los versos fueron reunidos por los cuatro rumbos a instancias de Antonio José de Sainz que, en defensa de la pureza exclusiva de la obra, no permitió que se le pusiera prólogo por segunda persona. Con Nicolás Ortiz Pacheco ha cumplido este deber la "Fundación Simón I. Patiño" que, en el curso de este año, ha publicado "Plenitud de Plenitudes", en donde está la obra intensa y emocionante del vate chuquisaqueño.

En los últimos días de su vida, Nicolás fué a buscar refugio en Cochabamba. Los hombres de letras de aquella ciudad le rodearon cariñosamente y cuando llegaron las dolencias fue el médico Serafín Ferreira quien le acompañó con su solicitud, hasta cerrarle los ojos. Javier Baptista, hijo del gran tribuno y expresidente de Bolivia, le hizo amable la despedida. Todos los amigos organizaron sus exequias y escucharon por él, en la Iglesia de la Compañía, una misa.

Así fue cómo éste poeta singular pasó por la tierra, dejando en ella el recuerdo de su fuerte personalidad. Tal el bosquejo de éste grande muerto que, según Reynolds: —"Nos induce a reír con su fecundia; y parece reír... y está llorando".

GREGORIO REYNOLDS *

Los seres son fantasmas en tránsito. Pasan. Pasan. Y pasan. Nosotros seremos otros fantasmas que iremos por la misma ruta. Hacia el olvido...

Nunca dejamos de ser niños y siempre tenemos las pupilas puestas en las albas de luz, buscando la frescura primaveral de las cosas. Pero cuando alguien se adelanta a abrir las puertas de la muerte, delante de nosotros, caemos en la cuenta de que la salud vulnerada, acaso la vejez, o la debilidad, son las exteriorizaciones que van acortando la distancia hacia el misterio.

—Entonces digamos que ya ha llegado la vejez. La muerte está ya dentro de casa, visitando a los hermanos y a los hijos con crespones negros... Las lágrimas no llenan los pozos vacíos, pero sí vacían la caja milagrosa de nuestras alegrías, avaramente guardadas.

* Capítulo de "La Bestia Emocional". Obra citada. (N. del E.).

Ahora ya somos seres tristes. Ahora ya ha llegado para nosotros la convulsión del llanto. Nunca creíamos que esto iba a pasar. Pero ha pasado y el dolor está empuñando en sus manos tenaces nuestro enfermo corazón.

Pero... ¿quién será el próximo? ¿Y si a mí, vulnerado también por las distancias recorridas, me tocara el turno? ¿Qué ánimo tengo para ello? El inmenso miedo de la soledad, el terror de perder la voz, la mirada, el aliento, el amor, la esperanza, el coraje. ¡Puedo perder la vida!

—Gregorio Reynolds, el gran poeta, está enfermo.

Marché hacia su hogar. Me recibió su amadísima Adela Reynolds y rompiendo las órdenes de los médicos me abrió las puertas del aposento.

¡Pobre Reynolds, estaba precisamente en el instante de abrir la negra cortina para seguir el camino!

—Adiós, Gregorio. Usted estará mejorado mañana.

Mentí. Sabía que Reynolds no retornaría. Su pisada era firme para ganarse la muerte.

Lo llevaron apoteósicamente al cementerio. Se enterró cuando estaban naciendo las primeras estrellas. Me recogí a la santidad de la noche y escribí. Escribí febrilmente.

Reynolds llegó a la vejez sin abandonar la infancia. Como un niño entró en la vida, en el arte y en la muerte. Jugando y diciendo bendiciones.

Cuando sus manos abrieron la primera puerta del triunfo, a sus veintisiete años, jugaba con un soneto, expresión literaria que fue la cúspide de su gloria.

Luego siguió en la ronda de la bohemia, no-charniega en los plenilunios de La Paz, Sucre y Cochabamba. La luna fue su primera novia y el cielo estrellado el gran tálamo de sus bodas con la poesía.

Le diré lo que él mismo le decía a Kempis: —**"Incrustado en el mío —siento tu pensamiento, —intenso y doloroso —como un deslumbramiento"**.

A partir del primer soneto, su gloria estaba definida. Su personalidad era un alto obelisco. "Conviene hacer historia —dice Federico More en el libro "Gregorio Reynolds y Leónidas Yerovi": —Reynolds escribió sus primeros renglones cortos cuando tenía cumplidos los veintisiete años. Antes de tal edad, su juventud se polarizó así: de día, un libro; de noche, una mujer. Observemos cuánta sensación y cuánta meditación acumuló en ocho o diez años de lectura y amor siempre flamante. Un día, en unos juegos florales de La Paz, el jurado premió un poema —"El Mendigo"— firmado por Rey Garcés. Abierto el sobre, hallóse ante un nombre del todo desconocido, nunca sospechado en la literatura boliviana".

Pero ahora —1954— estamos delante de toda la estupenda realización, delante de una catedral del sentimiento lírico de Bolivia.

Perdonad, yo no soy crítico. Por eso es que mi frase se acomoda mejor en la elegía. Cuando se penetra en una Catedral, no se hace crítica, se reza, se alza el alma hasta Dios. Tal me ocurre en este instante de homenaje al más grande de mis amigos y al más perfecto de mis maestros.

De día un libro —dice el crítico. O sea la extremada asiduidad para buscar la verdad. Siempre Reynolds caminó por todos los caminos con la pasión de leer y pensar. Sus labios eran una permanente musitación. Sus ojos no se cansaron de enfrentar la imagen atrevida de los libros. ¡Y cuánto cansa esta tarea a quienes no son hombres de este limbo o de esta locura literaria! Leer, leer siempre, leer en todos los instantes. He ahí un envenenamiento que premia Dios. La frente de los doctos y los anoticiados de la verdad, lleva la niebla del Calvario. Hay una suprema santidad y una suprema sabiduría. Una crucifixión del alma contra el madero ardiente del verbo.

Reynolds tuvo esa crucifixión: el hartazgo de las palabras. Ninguno conoció mejor el idioma, todo el secreto polifónico de las palabras. Por eso su obra tiene base fundamental para servir de monumento al hombre.

—¿Y cómo era ese hombre?

Allá, por sus treinta años, Reynolds lucía unos mostachos que Raúl Jaimes Freyre ha immortalizado en un retrato que aparece en "El Cofre de Psiquis", al cual ese inmenso albatroz que conoció

el rumor de los oceanos y que se llamó Juan Capriles, puso este lema:

**“Hubiera sido en épocas mejores
un mosquetero audaz de airón de nieve
y cantado en román o en verso leve
a castellanas y conquistadores.**

**“Triste mirar que reconcentra amores
y en la boca sensual de frase breve,
una sonrisa imperceptible mueve
el haz de sus mostachos trovadores”.**

Sus ojos tenían una nazarena bondad. Su mirada era el reflejo íntimo de su permanente meditación. Como el ave que canta, siempre vivió en la nota rítmica. Por eso tenía la frase breve de que habla Juan, por no interrumpirse a sí mismo, por no quebrar el canto de sus fuentes interiores.

Aquello que comenzó con la gala viril y sensual de su juventud fue cobrando más tarde, a tiempo que la vida asentaba experiencias y dolores, el reposado don de una interminable convalecencia. Sus ojos tenían el agua del mar en su color y había en su quieto mirar un enraizamiento entre su alma y las cosas. Nunca miró en vano. ¡Ah, si una sola de sus miradas hubiera sido leve o ligera! Tenía, como los griegos, el don de encontrarse con el Hado.

A medida que subía la montaña — no hay otro camino para la sabiduría y el arte— fue llenándosele la cabeza de la nieve eterna, ese plumón inmaculado que pone la vida sobre la sagrada re-

ciedumbre de las cabezas que piensan y ensueñan. Por eso estuvo siempre a diez mil metros sobre el nivel del mar, mirando desde la atmósfera enrarecida de su Patria, el resto del mundo. Solamente de esta altura espiritual puede el hombre abarcar grandes distancias. Reynolds miró al Egipto, a Grecia, a Roma, a la Costa Azul, a los mares mediterráneos, a las llanuras de Lao Tseo. Por eso sabía en qué punto Caronte espera a sus pasajeros en la tenebrosa barca. Y en qué punto el Amor se alimenta de lágrimas y la inspiración de torcedores. Por eso en su obra había la adivinación y la ubicación sensorial de las viejas batallas. Reveló el llanto de los traicionados y supo de la sangre de los santos degollados, de los escarnecidos, de los flagelados... Como Omar Kayam, no erraba al señalar los mejores viñedos, los que dan sangre de la Naturaleza, sangre azul en la cual cayó la lágrima de Rubén y la maldición de los adoloridos. La geografía de su obra o, por mejor decir, su universo, fue el mundo en todas sus edades. He ahí el Poeta, institutor del mundo, viejo conocedor de sus secretos. Por eso había un territorio sin medida en su obra poética, un atesoramiento recio del planeta y una mística del mismo. Su rodilla se hincó sobre las costras más duras de la tierra a la hora del rezo por la santidad de las almas y la oración por muchísimos muertos, entre los cuales no olvidó a su madre.

Todo ello cabía en la comba de esa frente "con venazón de rayos" como decía él mismo. In-

mensa antena donde captó todo género de inquietudes y aspiraciones, alta frente hecha para recibir el sol de la mañana, el huracán que se viene de las montañas encanecidas y para esperar la noche que solamente habla, en clave, con los poetas.

¿Quereis algo más de Reynolds? Estoy seguro que no le habéis olvidado. Está aquí, entre nosotros, porque éste es de los que parten sin ida, de los que se van sin moverse. Se ha ganado la perennidad a nuestro lado. Es Inmortal y hubo llanto de las nueve musas el día de su silenciamiento.

Estáis viendo también, de seguro, esas palomas fugitivas de sus manos, siempre inquietas, en un afán constante de desaparición, sin tregua en obtener la nada de la nada. Sus manos escribían nerviosas, con unos garabatos afiebrados que, sin embargo, iban a dejar una obra seria, esculpida en granito. ¿Acaso no recordamos sus palabras?

**"—Me duele la cabeza. Pasan sombras
recatadas, furtivas del misterio.
Todo se mueve sin moverse;
todo vive una vida de muy lejos;
todo adquiere tremendas proporciones
en la absurda maraña de mis nervios".**

Hay una descorporización en la vida poética. El ser del canto y de la exaltación lírica, no es presencia orgánica, capaz de ocupar área y volumen. Es ala, murmullo, revelación, sollozo.

¿Qué diremos de su pisada infantil? Los guijarros del camino lastimaban sus pies. Este hombre debía marchar por sus senderos en compañía del

Hada Madrina. Niño era. Por eso dije: llegó a la vejez sin abandonar la infancia.

Pero infancia no es ingenuidad. Es pureza. Espadaña de palomas blancas. Hogar eucarístico y noble. Sin embargo, a tientas, solicitando el cuidado de los más fuertes, en una loca aventura infantil, Reynolds se adentró en los mundos del demonio y de la carne y sus ojos se quemaron de verde y sus nervios se crisparon en la danza infernal de "La Macumba". El demonio lo arrebató de la dulce tutela del ángel de armiño y lo condujo a la tiniebla de los llantos y los dolores. Entonces vió la llaga, la triste flor de la lujuria, el anatema de la traición y el olor de la cadaverina que deja el asesinato.

Salió triunfante de la prueba porque con el recurso de lo patético, conducido en un silabeo próspero del Castellano, logró ese inmenso milagro de su obra que hoy se compara a la de Tirso de Molina, a la de Mallarmé, a la de los más grandes entre los grandes. . .

Acabé dialogando con su espíritu:

—Gregorio Reynolds, en las cumbres de nuestras más altas montañas el cóndor ha abierto sus alas en señal de duelo. Un coro de campanas agita sus sonos en los ámbitos azules de la Patria. Tu gloria es grande como el oleaje del mar, como su infinitud. Tu gloria es como la onda del sonido, siempre creciente, hasta la eternidad. Tu obra, como la luz. Suave y reparadora en la amanecida, radiante como en el mediodía, melancólica como en el atardecer. En todas las catedrales se ha instaura-

do tu santidad, tu don elocuente y divino de acercarte a Dios: el verso. Las dulces campanas de tu tierra, Sucre, tocaron ya el nacimiento de tu inmortalidad. En Cochabamba floreció el laurel y el amor. En La Paz quedó orgulloso el Illimani de haberte dado, a la hora de la muerte, una blanca cabeza como la suya. Entre tus amigos íntimos, los de la sonrisa, la risa y el trasporte lírico, quedaste instalado en el asiento simbólico y vacío, en donde siempre habrá para tí, en la hora del recuerdo, el más recio de los vinos de la más recia de las viñas, en la más dorada de las copas, vino que pone rubor en las mejillas, lágrimas en los ojos y **la canción profunda** en los labios. Gregorio Reynolds...

1954.

**FIDEL RIVAS,
EL PROFESOR INUTIL...**

— I —

Me dispongo a escribir algunos rasgos esenciales de este gran escritor desconocido en su propia patria: Bolivia y en su misma tierra: Potosí, donde, a la hora del ocaso y de la despedida, llegó a publicar un libro de cuentos que tiene veneno de ansiedad y perfumes exóticos.

Fidel Rivas era un hombre menudo, de mirada lánguida y huidiza, prendida más bien al viaje del humo de su cigarrillo que a la materialidad permanente de las cosas. Sus ojos eran hechos para ver el mar y posarse en él toda una vida. El mar hechizaba a Rivas y sabía cosas de él: le había robado esas ideas que pocos suelen encontrarle en el momento del rapto conceptivo. Por eso os aseguro, carísimos lectores, que para Rivas no se hizo nuestro mundo firme y terco. La prueba de su exotismo encuéntrase precisamente en su bello

cuento "La Voz del Mar", cuando nos refiere la vida de Maggie y de Mr. Watsson, por demás sugerente para quien está más cerca de Jean Lorrain que de don Ramón del Valle Inclán, sutiles maestros, sutiles extremos, del modo de novelar o presentar temas humanos.

Pero, en verdad de verdades, su obra no me sirve para confirmar la presencia espiritual de este hombre sino en la medida del dato casi policial o psiquiátrico. Sus cuentos me sirven para justificar muy pocos de sus gestos.

Naturalmente, su vida es el cuento que me interesa, por sobre esa obra pequeña, refundida trabajosamente, en forma casi mendicante. En Bolivia los escritores somos casi unos mendigos. Nadie nos ayuda.

¿Cuándo conocí a Rivas? No recuerdo con precisión fecha ni hora. Le estreché las manos cuando el reloj de la adolescencia hacía girar sus agujas violentamente en una borrachera o en una sesión de versos. Quiere decir que conocí a Rivas en la bohemia, esa tremenda bohemia que en Bolivia resulta anacrónica por su retraso con relación al mundo. El talento de los hombres es comprendido tarde, cien años después de que los cargó el crimen, el hambre o el destierro. Formó en el grupo que capitaneaban otros escritores y artistas cuyos nombres no me es necesario citar, ya que estas páginas están destinadas a ellos, como un homenaje a nuestro querido muerto.

En su libro dice el poeta, con una cita de Gorky: —"Y la vida no es otra cosa que una oscila-

ción... un estremecimiento". Esa cita le sirvió de refugio. Tenía necesidad de saber que oscilaba en un mundo más o menos insoportable, al que había que extraerle —nada más— que la máxima dosis de ensueño que nos puede brindar. Fidel Rivas, soñador, se dedicó a ello en éste mundo. Cuántas veces le oí balbucir, de modo extraño, esa frase de Neruda: —"Amo el amor de los marineros que besan y se van...". Un hombre así, lánguidamente dispuesto a vivir, tenía que echar el timón hacia la deriva para dejarse estar nó en la pereza de los imbéciles, sino en la fecunda pereza de los hombres superiores que se cruzan de brazos al observar y al sentir.

Ese era el Fidel Rivas que llegaba a comprender en los hilos de oro de la amistad...

— I I —

Rivas no debe ser la víctima del silencio, mil veces más cobarde que el robo o el crimen. En una de las páginas de su cuento "Una Noche de Primavera" nos ha dejado esta sensación: —"¡Oh, guitarra lejana! ¿Por qué rompes el encanto de esta noche de paz con tus notas lloronas y traes al recuerdo la imagen de la mujer querida, de aquella que conocimos en un recodo del camino y después nos separamos para siempre?". Su obsesión inquietante e irrefrenable fueron las mujeres.

Nunca vi mejor aquilatador de la estirpe femenina. Nunca conocí mejores ojos que los suyos para poseer la belleza de una mujer que solía cru-

zar el camino. Sin embargo, él era huidizo, pequeño de estatura, casi tímido. Dábame la idea de que siempre atisbaba detrás de alguna columna de piedra, dejando huír la mirada y ocultando el cuerpo. Me lo imagino así. Pero acabo por comprender que seres de esa naturaleza suelen deparar sorpresas de máxima audacia amorosa y de envidiable fortuna en el querer. El solía querer en centella, rápidamente inquieto. Pero cercano al hastío...

—¡Qué linda mujer! hermano —me decía— ¿por qué no tenemos el dinero de muchas acémilas humanas para llevarnos una mujer como esa a una casita junto al mar y soñar con ella y abismarnos en el tremendo tributo a la carne que no sabe saciarse, porque es mucho e infinito su hartazgo de belleza?...

Tenía soberanía sexual. Era un varón completo y, a la vez, complejo. Era la pequeña bestia ruda que sabía gozar su tajada con el máximo ensueño.

En los intervalos se dedicaba a estudiar Filosofía y Letras en el Instituto Normal Superior de La Paz, en donde yo fracasé porque mis maestros me creían demasiado asno para ser buen alumno o demasiado alumno para no dejar de ser asno... ¡Ay, señor, de ésta manera se tituló de maestro! Maestro y literato, maestro y poeta. Poeta para despedirse de la realidad y maestro para no alcanzar la dicha por culpa de la pobreza. Un hombre que va modestamente vestido, tiene por fuerza que sucumbir ante el imperio horrible de su catalogación por el número de trajes de que dispone...

Felizmente para la Historia de la Literatura Boliviana, Fidel Rivas no fue nunca un elegante, precisamente porque fue un buen profesor de Filosofía.

Destináronle al Liceo de Señoritas. ¿Habrán tenido aquellas chiquillas un maestro más interesante? ¿Habrán podido abismarse por un momento en esa niebla de felicidad zumbona que le producían, ellas, las inquietas colegialas de quince años? Cuando olvidaba un axioma, ganaba un giro estético, una fórmula de bien sentir.

—¿Ves? Esta hermosa pelusilla es mi alumna del sexto grado... —gruñía de amor, si se me permite la frase, y crecía en su amor, hasta desbordarlo, al fin, en un bello cuento o en unos versos.

He ahí el caso típico de un hombre apocado, pequeño, pero abiertamente audaz. Nunca llegó al delito ni a la vileza. Le pidió a la vida, en amor, todo lo que podría pedirle un soldado, a la guerra, en victorias...

Le sé, le conozco más de una docena de amoríos locos en los cuales complicó su parco bien vivir de profesor: sueldos tirados en obsequios, en el pago noble, en la retribución caballerosa. Y en cerveza. ¡Ah, caros lectores, no olvidemos la cerveza aun cuando revienten los moralistas literarios! A ella le debemos horas agradables de nuestra juventud, horas sinceras y heroicas, porque nosotros éramos aún de aquellos que soñaban con la bohemia de Verlaine, de Francois Villon, de Gómez Carrillo, de Rubén Darío, de don Amador del Valle Villamil, cuya vida ha descrito el malogrado Alber-

to de Villegas, príncipe de buenos prosadores. Hemos ascendido cumbres de emoción a las que no han llegado muchos. Y nos ha desgastado y nos ha destruido esa emoción desbordante de nuestras vidas. Hoy, más de uno de los amigos, tiene la cabeza precozmente blanca y un gesto como de haber perdido el tren de la gloria... Más de uno de los amigos vive su vida en el silencio de alguna aldea, en la humildad esquiva de algún barrio alejado de las ciudades, o en las ciudades **del interior**, como dicen los geógrafos de la política... Más de uno de los buenos amigos ha muerto ya: Pancho Villarejos, Fidel Rivas. Entre los "cómplices" de la poesía y de la música, es decir entre aquellos seres que se apegan a la emoción de los "letrados", sucumbieron también muchos. Nos desgastó la bohemia.

Le sé, le conozco más de una docena de amoríos locos. Sin embargo, decía: —"En la vida no se ama sino una sola vez"... Acaso por eso iba descontento, de flor en flor, tirando dinero y obsequiando versos que talvez hayan quedado en el conjunto de recuerdos de aquellas muchachas que no le verán nunca más. Reza una declaración suya, en el último cuento de su libro. "Escuchadme un instante, señora..." y que dice así:

—"Perdonadme, señora, que me haya enredado en mis propias redes, pero la culpa es vuestra, es vuestra porque me habéis hechizado con el brillo encendido de vuestros ojos"...

Un hombre que tenía tal galanura, en medio de su perezosa dispersión, arrebatado por el humo

de los cigarrillos y el hirviente estímulo de los co-
petines, debía por fuerza llamar a su libro: "ES-
PIRALES DE HUMO", el mismo que tengo ante
mis ojos como un imán terco que me hace escribir
la presente nota.

— I I I —

Una vez, cierta vez, se intoxicó con una dro-
ga. Lleváronle al nido, cerca de su amor presen-
te, y algún médico potosino, si no recuerdo mal, el
Doctor Paz, le aplicó un enérgico tratamiento de
salvataje. Había que recuperar al hombre perdido
en su torbellino. Fidel Rivas, encontró por prime-
ra vez, la tarjeta de la Muerte.

Poco tiempo después embarcaba su vida en una
nueva aventura de amor, siguiendo el paso gitano
de una cruceñita de ojos negros. Este idilio encan-
tador del hombre convaleciente, fue roto por la
guerra. Allá estuvo él, reclutado con el poeta Adán
Sardón y con quien estas líneas escribe. Los tres
hicimos un espectacular, un inimitable trío de ce-
lebridades cuarteleras... Poco después, la misma
guerra nos separó. Tuvo un poco más de suerte. La
merecía. Manos nacidas para escribir versos o cuen-
tos, no estaban hechas para limpiar fusiles y apli-
carlos en la carnicería. Ese soldado no mató abso-
lutamente a nadie.

Luego, estuvimos en el "interior" de la Repú-
blica, cada uno con el sino: la cátedra y "EL PAIS".
¡Cuántas aventuras bellas e inolvidables! Las no-

ches lo cogían en sus redes misteriosas y no lo abandonaban hasta las luces del alba, en tanto que allá, en su pobre cuartucho de hotel de segunda clase —no podía más un profesor— le esperaban las volanderas mujercillas que anhelaban de él un céntimo y un beso. ¡Ah, mi buen Fidel, esto es lo que yo destaco más de tu vida para que lo entiendan aquellos que no querían notar la presencia de tu paso por la tierra! Decía, sonriente y amargado, con cierto airecillo de fatiga:

—¿Qué haré yo con estas volanderas?...

Reíamos de buena gana. En verdad de verdades, se estaba convirtiendo en un dios milagroso, para atraer mujeres humildes, sensatamente humildes y buenas.

Hasta que un día le vino el hastío. Viajó a La Paz y pidió su misma cátedra para Potosí. Accedieronle. El mozo inteligente y bueno, se marchó, dejó un vacío en nuestra mesa de bar y no volvió nunca más, protagonista del cuento que, con él, escribió el Destino. La Muerte lo cogió a traición y con crueldad, tornándolo mártir. Ya dije alguna vez que fue poeta y mártir.

Encontráronle degollado, perdido en un mar de sangre, con los ojos sin luz para ver a Maggie, a Mariúcha, a Purita, a Violeta, y Viola, la dactilógrafa, acaso las mujeres de sus cuentos y, a la vez, las mujeres de su vida... ¡Con los ojos sin luz para ver el mar! El me dijo:

—El hombre se estremece ante el misterio—. Y necesariamente debo copiar aquí el último aporte que nos brinda su obra para justificar su vida:

—“Hoy, ¿dónde estará? ¿En qué estrella, en qué astro, en qué espacio sideral florecerá su existencia celeste? —Quien pudiera conocer lo que hay más allá, en las grises praderas del Misterio, en las oscuras islas de la Muerte! Sí, camaradas, sólo sé que era una extraña criatura a quien amé mucho y envenené mi vida. ¡Para siempre!”

Acaso fueron manos de mujeres las que negollaron al varón culto y extraño que había en Fidel Rivas, soñador, el Profesor Inútil, como decía Benjamín Jarnés, el profesor inútil porque era innecesaria su voz de seda en el aula de las chiquillas donde él enseñó literatura con figuras espontáneas en presente de indicativo...

1 9 4 1 .

INDICE

Prólogo	7
Alcides Arguedas	9
Juan Francisco Bedregal	41
Arturo Borda	49
Juan Capriles	57
Armando Chirveches	67
Gonzalo Fernández de Córdova.....	81
José Eduardo Guerra	85
Carlos Medinaceli	89
Luis Mendizábal Santa Cruz.....	97
Nicolás Ortiz Pacheco	103
Gregorio Reynolds	111
Fidel Rivas	121

La presente edición de "EL ATENEO
DE LOS MUERTOS", se terminó de
imprimir el día 3 de Abril de 1976,
en los Talleres de la Empresa Editora
"URQUIZO LTDA.", en la ciudad de
La Paz — Bolivia.

Registro Legal N° 2031. — La Paz.